

x-rite

colorchecker CLASSIC



A. 1342 (7)

BIBLIOTECA DE EL SALDUBENSE.

D. LUIS VILLASEÑOR

6

# LOS ECOS DE UNA ALDEA.

CUADROS DE COSTUMBRES

en variedad de metros.

ESCRITOS POR

D. Marco A. Galindo Catalán.



ZARAGOZA.

IMPRESA Y LIBRERIA DE VICENTE ANDRES,  
Cuchillería, núm. 42.

1860.

mm



M.C.D. 2022

BIBLIOTECA

DEL

SALDUBIENSE

NOVELAS

A

1.342

M.C.D. 2022



Agustin Paraiso.

A-1.342

T 21942

C 1146344

*Arce*



M.C.D 2022

A. 1342(7)



BIBLIOTECA DE EX. SALDUBENSE.

D. LUIS VILLASEÑOR

6

# LOS ECOS DE UNA ALDEA.

CUADROS DE COSTUMBRES

en variedad de metros.

ESCRITOS POR

D. Marco A. Galindo Catalán.



ZARAGOZA.

IMPRESA Y LIBRERIA DE VICENTE ANDRES,  
Cuchillería, núm. 42.

1860.

ESCUELA DE EL SALVADOR

D. LUIS VILLASOR

LOS EGOS DE UNA ALDEA

CONDICIONES DE COSTUMBRES

ESCRITOS POR

D. Manuel A. Salazar

—X—

AMAZONAS

LIBRERIA DE VICENTE ANDRADE

Caracas, 1900

1900

A DON EMILIO DE MIRÓ,

como recuerdo de su buena amistad.

El autor.

LA PARTE PRIMERA

A DON ENRIQUE DE MIRÓ

como recuerdo de su buena amistad  
EL AUTOR

1880

Por que sabemos muy bien que el  
hombre, para nuestro progreso  
debe de trabajar  
de que por así la vida humana  
tan solo depende de sus esfuerzos  
que así en el mundo humano  
el esfuerzo igual a la prosperidad

---

## PARTE PRIMERA.

### CAPÍTULO PRIMERO.

—¿Por qué subimos hoy por esta senda  
Dando, papá, nuestro habitual paseo?  
¡Oh tarde malograda!  
Dó quiera por ahí la vista tienda  
Tan solo tierras de labranza veo,  
Que allá en el año próximo futuro  
En estacion igual á la presente,

~~Alegrarán la vista de seguro~~

Con su verde cosecha floreciente ;  
Pero que ahora dadas al barbecho ,  
Solo podemos disentir al vellas ,  
Si va tuerto ó derecho  
El surco del jayan que arára en ellas.

— Ese , querida mia ,

Es el objeto principal , que ahora  
Por esta áspera via

Me hace andar con mi niña seductora.

Yo siempre hé sido afecto

A cosas de labranza ;

Yo á donde sé que dan un surco recto.

Vuelo con tanto gusto

Que á describirlo mi espresion no alcanza.

Dispénsame el disgusto

Que hora te causo pues : mañana , sabes

Que se celebra la Invencion sagrada

De aquella Cruz , dó con tormentos graves.

Espiró el Redentor por darnos vida.

Como es costumbre inveterada

En tal dia subir el pueblo entero

Hasta la cima del riscoso otero

Donde está sobré rocas erigida

La ermita de la Cruz apellidada ;

Para que el pueblo cuando suba ensalce

La gracia de los diestros aradores ,

Estos aquí dan hoy á sus labores

A cual mas perfeccion y mas realce.

Y como dicen que hay ahora mancebos

Que aran tan bien como jamás se ha arado,

Yo anhelo ver si los labriegos nuevos

Son dignos del loor que han alcanzado.

Espero, pues, que en su bondad se ciña

A seguirme hoy mi niña en mi carrera ;

Que yo otro dia seguiré á mi niña

A d<sup>o</sup> mi niña conducirme quiera.

---

**PARENTESIS.**

¡ Oh gloria ! ¡ oh gloria ! ¡ ¡ ¡ ¡ ¡  
que á tanta gente honrada plecipitas !

ESPRONCEDA.

Cien veces ¡ oh lector ! tuve intenciones  
De enristrar la peñola, y otras ciento  
Despidiendo mis locas ilusiones  
Me he sentido sin fuerza y sin aliento :  
¡ Ay ! dados los humanos corazones  
Ya al bravo ardor, ya al triste desaliento,  
Ora el vuelo al Empíreo remontamos,  
Ora en la tierra inertes nos postramos.

Tal yo en mi necio vértigo creía,  
Que era crimen negar por indolencia  
Al feto de la ardiente musa mia  
Su debido color, forma y presencia.  
Y tal á un mismo tiempo discurría,

Comprendiendo mi misera impotencia,  
«Vamos, soy un borrico hecho y derecho  
Si así espero obtener honra y provecho.»

«Honra y provecho... la honra peregrina,  
Alma diosa de faz edificante,  
Que allá del Génió en la mansion divina  
Grava nombres con letras de diamante:  
El mundo ante ellos la cabeza inclina  
Y hasta el villorrio, en fin, tiempo adelante  
Que á algun célebre ingenio cuna diera,  
Se nombra con respeto donde quiera.»

«Provecho... en este siglo miserable  
Donde todo se pesa y se aquilata,  
¿No es ventura, pardiez, harto inefable  
Muchos versos trocar por mucha plata?  
Si la indigencia es vicho despreciable,  
Si al oro el suelo como á Dios acata,  
Vierta tinta sin fin mi pluma inquieta,  
É hínchese de dinero mi gaveta.»

«Pero ¡ay! — me contestaba sacudiendo  
Mi miserable orgullo enloquecido —  
¿No hay sino ir variedades componiendo  
y «aquí estoy yo — decir — porque he venido?»  
Con esto creador, voy conociendo

Que por dicha ó desgracia no he nacido :  
Y aunque ello fuera así , ¿ cómo en mi idea  
Cupo escribir LOS ECOS DE UNA ALDEA? »

« Los tristes ecos ¡ ay ! de aldea oscura  
Repetidos por labio poco ducho  
¿ Qué efecto harán á un pueblo en su cultura  
Que paga poco , pero exige mucho ?  
No : su cuna será su sepultura :  
¡ Sirena Presuncion ! ya no te escucho ;  
Ni escucharé jamás el tono blando  
Con que ibas la alma mia enagenando. »

Desistí de mi empresa temeraria :  
Y por lo que á honra y á provecho toca,  
Rechacé aquella idea-estrafalaria  
Que osára concebir mi mente loca :  
Hoy , si invado la arena literaria ,  
Es que una fiebre ardiente me sofoca ;  
Y esa fiebre que crece por instantes  
La extingo entrelazando consonantes.

Sí , mi amado lector ; yo canto solo  
Para curarme de la fiebre mia :  
Blandos goces , pesar , llaneza y dolo ,  
Santa piedad , preocupacion impía ;  
Mi acento á Dios el verdadero Apolo



Es todo un excelente caballero  
Y todo un excelente labrador.  
Siete siglos atrás su ardiente acero  
En cien moros clavó un Villaseñor,  
Legando á su familia por tal modo  
Sangre ilustre y magnífico acomodo.

D. Luis Villaseñor, aunque arrullado  
Só cortinas de seda en áurea cuna,  
Tuvo un padre que asáz desengañado  
De la inconstancia ruin de la fortuna,  
Le hizo empuñar de niño el tosco arado,  
Arar sus posesiones una á una,  
Y todo por sí propio hoy practicarlo,  
Para *mañana* así saber mandarlo.

Tan útil para arar salió el buen niño,  
Tan plácida afición tomó á la esteva,  
Tal se aplaudió su incomparable aliño,  
Que aun hoy recuerda con delicia nueva  
Los días que en holgado desaliño  
Con los mozos mas diestros iba á prueba,  
Quedando aun el mas hábil tamañito  
Ante el jóven labriego-señorito.

Su gloria gusto tal llegó á infundirle,  
Que ya en la pubertad fué necesario

En términos severos prohibirle  
Arar ni una vez mas: ruin mercenario  
No le quiso su padre; prevenirle  
Solo intentó contra el capricho vario  
De esa hembra que ya amable nos complace  
O ya mares de hiel sorber nos hace.

Al fin con dolorosa sensacion  
Dejó Luis su aficion tan predilecta:  
Y hoy jefe de familia, en posicion  
Feliz y en algun titulo perfecta;  
Aun só el fino gaban del Infanzon  
Se agita un alma á la labranza afecta,  
Tal poco ha de este gusto el predominio  
Confesaba á su amada *Patrocinio*.

Su amada *Patrocinio*; su hija bella;  
Hermosa sin par de quince abriles:  
Feliz quien pueda en su propicia estrella  
Pintar las gracias que atesora á miles.  
Yo ¡mísero de mi! ¿qué diré de ella  
Que no hayan dicho ya genios sutiles  
De alguna otra beldad? nuevos portentos;  
¿Qué númen me dará nuevos acentos?

Desde su negra nudosa cabellera  
De finísima seda, hasta el pié leve

Que á las ninfas del Bétis celos diera,  
¿Quién tanto hechizo á numerar se atreve?  
Vivo cual corazon de ardiente hoguera,  
Fresco como de mayo brisa leve,  
Es su lábio un clavel de oro encendido,  
Sobre un filon de nácares nacido.

En sus azules rutilantes ojos  
La clara luz de las estrellas mora;  
De su albo rostro los matices rojos  
Retratan los colores de la aurora.  
Y su frente, que nunca los enojos  
Sellaron con su huella malhechora,  
Es un terso cristal donde la calma  
Se pinta fiel de su inocente alma.

Esbelta, no muy alta, y con un aire  
De emperatriz tan natural y fino,  
A todos, ¡ay! el singular donaire  
Nos hechiza de ese ángel peregrino.  
Ángel, dije, y acaso no desaire,  
Hablando así, al ejército divino.  
¿No fuera de los ángeles mas bellos  
Ella, si dios la colocára entre ellos?

Hicieron alto, como dije arriba,  
Mirando á un arador que á paso doble

Surco adelante su coyunda aviva :  
D. Luis quedó de admiracion inmoble ;  
Una ojeada tendió retrospectiva  
A sus pasadas glorias , y el buen noble  
Ni vencido convino en confesarse  
Ni superior tampoco en proclamarse.

Mudo admiraba al mozo que contento  
al compás de chasquidos resonantes ,  
Daba en cántiga blanda al vago viento  
Ecos de alma fruicion edificantes ;  
Su voz era el pincel del sentimiento  
Que embebido en colores insinuantes ,  
Con pura gracia natural pintaba  
Los goces que su empleo le inspiraba.

¿Qué era entre tanto de la niña hermosa  
Que así como el garzon iba viniendo  
Salian á su faz tintas de rosa,  
Luego, y carmin, en rápido *crescendo*?  
Así la blanca nube decorosa  
A Febo en la alborada distinguiendo,  
Bañase de una oleada purpurina  
Que en nítidos fulgores la ilumina.

¿Y qué fué del intrépido cantante,  
Que al ver quien le esperaba en el camino,

Calló y enardecíósele el semblante  
Y en profundo silencio hasta ellos vino?  
Era Millan Andres... Dadme un instante,  
Niñas; para pintárosle, y opino  
Que no habeis de ponerle torvo gesto:  
Hablo con mis paisanas, por supuesto.

Si habeis de cinco piés y tres pulgadas  
Visto un gracioso jóven, por ventura,  
De ojos grandes azules dó grabadas  
Moran la perspicacia y la dulzura;  
Y de rubias, suavísimas, rizadas  
Guedejas por la mano de natura,  
En políticos modos arto ducho,  
Ese es Millan ó le parece mucho.

Un tio suyo cura convencido  
De su profundo natural alcance,  
Habia formalmente decidido  
Costearle una carrera á todo trance;  
Salió el niño á estudiar; mas presto hundido  
Miró su porvenir, fiero percance  
La flor secó de su ilusion querida.  
Su tio fué llamado á mejor vida.

Y como habia sido un hombre santo  
Generoso tutor de la indigencia,

Solo legó dolor, ayes, quebranto  
Y piadosos recuerdos en herencia.  
Tambien el padre de Millan en tanto  
Sucumbia á una crónica dolencia,  
Y al fin la parca, de piedad desnuda,  
Dejóle solo con su madre viuda.

Abandonando entonce el escenario  
Donde triunfos soñára en lontananza;  
Le fué de todo punto necesario  
Darse para comer á la labranza.  
Pobre Millan! el tóso mercenario  
A quien nada que pasa se le alcanza  
Fuera de su labor; nada le agita,  
Ninguna aspiracion su pecho irrita.

Pero el alma que sabe en un segundo  
A impulsos de su ardiente fantasía,  
Lanzarse del no ser al caos profndo  
Con su génio y su fé por luz y guía;  
Y nuevo dios presume un nuevo mundo  
Crear con solo pronunciar el *fiat*,  
Y á darle se apercibe eterno aliento  
Y eterno ser, y eterno movimiento,

¡Oh cómo sufre, si se ve obligada  
A replegarse al fin dentro del pecho

A impulsar una máquina formada  
Para algo mas que arar! — ¡Ah! — en su despecho —  
Si no me hubieran enseñado nada ;  
Clamó Millan: — Si del paterno techo  
No me hubieran sacado en fatal hora,  
Ni pensar, ni sufrir tendria ahora.

Si al menos fuera solo y sin un lazo ;  
Lanzárame á una vida aventurera,  
Dó como otros quizás en breve plazo  
Mi genio original brillar hiciera.  
Mas ¡oh! tengo una madre y ni un pedazo  
De pan centeno comerá siquiera,  
Si renunciando á gratas ilusiones  
No cultivo yo mismo sus terrones.

— *Voto á Dios que me espanta esta grandeza  
Y que diera un doblon por describilla.*  
Gritó D. Luis, honrando la destreza  
Del mozo que ya próximo á la orilla,  
Descubria con gracia su cabeza  
Saludando á los dos. — ¿Qué maravilla  
Hallais, señor D. Luis, en mis labores,  
Vos gran modelo y rey de labradores?

— No es adularte, no; nadie ha sabido  
Arar nunca mejor; y es admirable;

Que en dos meses no mas hayas podido  
Llegar, Millan, á hacerte tan notable.  
¡Oh! si de niño hubieras aprendido,  
Seria tu destreza incomparable;  
Y aun así pienso, y te hablo con el alma  
Que entre nosotros dos tuya es la palma.

— Pero escucha — añadió con tono grato —  
Sin que de envidia rain mi idea nazca,  
¿Quieres, Millan, dejarme arar un rato?  
— Podeis hacer lo que mejor os plazca.  
No puede serme de sabor ingrato,  
Que el pueblo cuando aquí la vista pazca,  
Descubra entre la humilde *prosa* mia  
Rasgos de soberana *poesía*.

Quien en calma pacífica y serena  
Con sueños ilusorios no delira:  
Y embebido en su rústica faena  
Ni mas pretende, ni por mas suspira:  
Quien toda su ambicion de gloria, llena  
En el lustre de un recto surco mira,  
Ese sabe aún sin verle su semblante,  
Cuanto goza D. Luis en tal instante.

Tira el gaban y en mangas de camisa  
Con sincero placer la esteva empuña;

Y el gran zurriago chasqueando aprisa,  
Avanza repitiendo « ¡Uña! ; Uña! »  
« UÑA! » murmura ya con loca risa  
Fabio el burlon, en tanto refunfuña  
Algún sabio académico añadiendo :  
« ¡Qué ha querido decir que no lo entiendo? »

No consulteis, os ruego, al diccionario,  
Pues no le es dado resolver tal duda :  
Id al campo y á mas de un mercenario,  
« ¡ Uña! » le oireis gritar con voz sañuda ;  
Y de esa voz al eco extraordinario  
Vereis volar la yunta mas flemuda :  
Y con ella romper duros ribazos  
Y aun quizás el arado en mil pedazos.

En una palabra; parecia que el destino proporcionára este incidente para completar las relaciones establecidas por accidentales circunstancias entre dos personas, que aunque muy diferentes en clase y en fortuna, eran muy parecidas sin embargo, por la juventud, buena figura, y disposiciones de un corazon naturalmente abierto á novelera ternura.

QUINTIN DURWARD, POR SIR WALTER SCOTT.

— ¡Oh cuánto sudas! dijo con compasion bendita,  
La noble niña al verse á solas con Millan.

— Mi suerte miserable me obliga, señorita.

A continuar sin treguas la espacion de Adan.

— Me llamas señorita; pues qué ¿ya has olvidado  
Que un dia Patrocinio llamábasme no más?

— ¿Y no veis que esos tiempos fugaces han pasado  
Y aquella dulce vida no volverá jamás?

— Pero el recuerdo queda.

— ¿Y qué es ello en sustancia?

— Mucho sin duda alguna, al menos para mí.

¡Si vieras cuánto gozo pensando en nuestra infancia!

¿Pues qué, no te sucede, Millan, lo mismo á tí?

— ¡Gozar yo, señorita, burlada al fin mirando  
Por pérfida fortuna mi candorosa fé!

¿Gozar yo, señorita, las ruinas contemplando  
De cien ricos castillos que osado levanté!

— ¿Y todos esos altos castillos se han derruido?

— Ni piedra sobre piedra existe de ellos ya.

Mi orgullo malhadado, mi orgullo me ha perdido.

— ¿Por qué?

— ¿Quereis saberlo? mi labio os lo dirá.

En esa edad felice que há poco recordabais

Hacia cuyas memorias mostrais tal aficion,

¿No es cierto que entre todos los niños que apreciabais

Habia yo fijado vuestra predileccion?

.....

— Tira muy bien tu yunta (D. Luis de vuelta, dijo).

*Millan* Y más cuando vá de ella tan hábil hombre en pós.

*D. Luis* Daré otra vueltecita.

*Millan* Cuantas queraís; es fijo

Que no hay en la provincia dos hombres como vos.

.....

Temo que ha de indignaros, mi misera osadía.

— Pues te has equivocado; ¿por qué me ha de indignar?

Confieso que es muy cierto, que yo siempre tenia  
Gran gozo tus ventajas solícita en premiar.

— ¡Oh! gracias, señorita; pues bien tales memorias

Después de necio orgullo enagenandomé,

Triunfos soñar me hicieron y honores y altas glorias;

Triunfos, glorias y honores que nunca alcanzaré.

Volando del oscuro rincón de humilde aldea

Hasta el ilustre centro de culta capital,

¡Oh cuántos nobles planes, cuánta gigante idea

Mi mente revolvía con brio sin igual!

¡Oh! yo había creído merced á mi talento

Salir un día de esta mezquina posición.

Y digno acaso hacerme del célico portento

A quien adora humilde mi ardiente corazón.

Ved, pues, ahora mi suerte; la parca miserable

Robóme mi Mecenás en mi temprana edad

¡Ay! sin dejarme tiempo su furia inexorable

Ni aun para convencirme de mi inutilidad.

— ¿Y solo deseabas ganar mi humilde mano

Cuando esa sed vehemente de gloria te agitó?

.....

.....

.....

— ¿Qué te parece de esto? (con su labor ufano

Segunda vez volviendo D. Luis interpetó).

Millan ¡Magnífico! ¡admirable!

D. Luis Es un arado hermoso.

*Millan* Todos son excelentes para quien ara así.

*D. Luis* Daré otra vueltecita si en ello estás gustoso.

*Millan* D. Luis, vuestros deseos son leyes para mí.

.....  
.....  
.....  
Sí, solo en mis deseos de gloria enardecido,  
Solo con digno hacerme de mi ídolo soñé,  
Mas ¿qué idea tal frase aquí os ha sugerido?  
¿Quereis jugar acaso con mi sencilla fê?  
—Nunca, Millan; detesto la estúpida falsía:  
Y puesto que á tu labio debo una confesion,  
Otra te haré si puedo lacónica, á fé mia;  
Pues pugno por hablarte y no hallo una espresion.  
Sabiendo tus progresos, con el afan mas vivo  
Un dia ante una imágen del Salvador caí,  
Parad, buen Dios, clamando, parad su vuelo altivo,  
Que si se eleva mucho se olvidará de mí.

—  
Dijo: y humilde y pura los ojos hechiceros  
Bajo sus frescos párpados esconde con rubor;  
Bien como en clara noche dos vívidos luceros  
Celan só blanca nube su trémulo fulgor.

Si todo el cuarto lustro de vuestra triste vida  
Pensando en imposibles pasado habeis quizá,  
Y veis precisamente vuestra ansiedad cumplida  
Cuando angustiada el alma desesperaba ya;

En vano es que me agite pintando el sobrehumano  
Deleite del mancebo cuando á su amada oyó :  
Si tal no ha sucedido , tambien lo juzgo en vano ;  
Ni habeis de comprenderlo , ni sé pintarlo yo .

Calló breves instantes el buen garzon , creyendo  
Que aquello fuese un sueño , y al fin fuera de sí  
Las manos de su amada tomó ante ella cayendo  
Y murmurando ansioso :— ¡ Oh ! ¡ gracias , Patroci...

Un *jarre, mula!* altivo que próximo á la orilla  
Soltó D. Luis , privóle la frase terminar ;  
Se alzó con disimulo , limpióse la rodilla  
Y empieza á serenarse , y acaba por temblar .

¡ Pobre ! como dudaba de su ventura tanto  
Temia ver en su ídolo una vision tal vez  
Presta á tender la falda de su nevado manto  
Y á darle un espectáculo de aérea rapidéz .

Mas ¡ oh ! que no era un sueño ! Las sílfides divinas  
Que halagan por la noche mi cándida ilusion  
Pierden cual por ensalmo sus formas peregrinas  
Y frias evapóranse á un simple coscorron .

En tanto que á tu hada , mancebo venturoso  
Ni un *arre, mula* furo la pudo disipar :  
No hay nada ; y ¡ cual lo siento ! no hay nada tan hermoso  
Como lo verdadero . Paciencia y barajar .

Paciencia y barajemos : D. Luis entusiasmado  
Con su labranza , nada siquiera comprendió :  
Elegó hasta el fin del surco , alzó el enorme arado

Y dandóselo al jóven, — Ahí tienes, prorrumpió;

Ahi tienes tu coyunda; ayer toda la gloria

De labrador cumplido, toda era para mí;

Hoy ya eres igual mio; mañana la victoria

Hará crecer laureles tan solo para tí.

Aquí el labriego ilustre saliendo ya al camino,

Limpióse un poco el polvo, plantóse su gaban,

Y el brazo presentando á su ángel peregrino

Partió dando cumplidos adioses á Millan.

Apéndice: se cuenta que en tan precioso instante

Nada decir supieron la niña ni el doncel;

Mas cuando la palabra no basta á algun amante,

Hace perfectamente la vista su papel.

Así Millan, fijando sus ojos en el suelo,

*Hasta la muerte, vuestro*, significar trató.

Así, la mano al pecho, la vista alzada al cielo,

*Hasta la gloria, tuya*, la niña le indicó.

## CAPÍTULO SEGUNDO.

### **Espedición á Santa Cruz.**

«Morad en vuestro encierro encadenados  
Rugientes huracanes, que la tierra  
Estremeceis, cuando fatales hados  
En ella escitan ominosa guerra.  
Mas hora que á la fáz de las naciones  
Pasa la primavera amor brindando,  
Vuela apacible tú, céfiro blando,  
Y Heva en tí no mas el aura leve  
Que á templar las ardientes sensaciones  
Del noble pecho introducirse debe.»  
Tal sin duda los génius decretaron  
Que imperan en los vientos,  
Y tal se ejecutaron

Con suma precision sus mandamientos  
Y el dia tres de mayo (fijamente  
No sé en qué año) brilló tan esplendente,  
Tan puro y tan en calma  
Como del justo el alma.

Y sus galas mas fúlgidas vistiendo  
Mostrósenos natura

Coronada de rayos de luz pura

Y al hechicero son de los cantáres

De los enamorados ruseñores

Abrieron sus corolas á millares

Frescas, lozanas y aromosas flores.

Y yo, que por mi huerto discurría

Con mi oido sutil, fijo en el trino

De un dulce colorin, que se escondia

Bajo un tapíz de yedra enmarañada,

Llegar pude á creer que en su tonada

Tal con vivos acentos me decia;

«¿Ves, amigo, esas flores deliciosas

Que á tus árboles dá la primavera?

Hoy son flores no más: puras, hermosas,

De hechiceros cambiantes,

Y gayos, y finisimos colores;

Pero flores no mas, solo son flores.

Mas como horrenda tempestad no hiera

Sus pétalos brillantes,

Con el tiempo darán ópimos frutos,

Que formarán á par de tu contento  
De tu prosperidad un elemento.  
Y en tanto el tiempo con mesura avanza  
A coronar tus vívidos deseos,  
Gózate en mis armónicos gorgeos,  
Que el aliento serán de tu esperanza.»

A aquí llegaba el tierno pajarillo,  
Cuando ahogaron su cántico sencillo  
Unos atroces ecos,  
Monótonos, sonoros retumbantes  
Que las crestas gigantes  
De la montaña próxima,  
Tornaban duros, ásperos y secos.  
Y les acompañaba amanerado,  
A intervalos tambien, cierto sonido  
Agri-dulce, chillon, desafinado,  
Pero harto grato al aldeano oído.  
¿Quiéres, lector severo,  
La causa de este ruido averiguar?  
Pues son Claudio el gaitero  
Y su hijo Jusepon, tamborilero,  
Pagados por los mozos del lugar,  
Para tocar en tan solemne día.  
Los mozos, sí, que unidos  
En larga cofradía,  
Toman con complacencia manifiesta

El cargo que se llama hoy todavía,  
Pagar, ó hacer la fiesta.

No os sorprenda si en vez esta mañana  
De despertar los músicos la gente,  
Antes que el sol brillára en el Oriente  
Con lo que dicen ser toque de diana,  
Han tenido que ir si algo querian  
Los mozos al pajar donde dormian,  
Llamarles con el pié, fruncir las cejas,  
Y «si luego, gritarles, no se avian,  
Les vamos á sacar de las orejas.»

Ni dos horas siquiera  
Les dieron por la noche de reposo.  
Haciéndoles tocar tanto en la hoguera  
Donde se armó un jaleo estrepitoso  
Como en todas las puertas del lugar,  
Dó vive una soltera,  
Bien sea tierna niña,  
O bien las canas por ardid se tiña.

«A Santa Cruz, á Santa Cruz, ¿quién viene?  
¿Quién viene á Santa Cruz?» tales acentos  
Mezclados á la plácida armonía  
De la gaita y tamber, hieren los vientos  
Y resuenan dó quier con alegría  
En este pueblo que por nombre tiene.

Que se llama; lector te lo diria;  
Mas ello es un secreto y no conviene...  
En fin, el nombre lo diré otro dia;  
Te explicaré en qué punto está situado,  
y creeré que te digo demasiado.

Hélo, ni mas ni menos,  
Justamente al Sud-Oest de la provincia  
De esa ciudad hermosa,  
Gala y flor del ibero continente.  
A cuyo pié pasaba antiguamente,  
Estéril un gran rio,  
Que merced hoy al génio y alto brio  
De un varon eminente,  
Fertiliza bellissima ribera  
Lo que páramo ayer misero era.

Hélo aquí con sus grandes hondonadas  
Que llevan trigo hermoso y buen centeno;  
Con sus cuestas de vides coronadas,  
Cuyo licor al malo pone bueno,  
Y acaso vice-versa al bueno malo;  
Sin rio, sí, mas con arroyos ciento  
Que legumbres le dan para el sustento  
Como frutas tambien para el regalo.

Ea, lector; la procesion ya sale:  
;Vamos á pié con ella á las alturas,  
O tomamos, en fin, cabalgaduras?

¿O no quieres venir? «¿Y qué me importa  
A mí de procesiones?» quizá dices:  
Calma, lector: que aunque mi vista corta  
No alcanza mas allá de mis narices,  
A pesar de tu génio irreligioso  
Espero darte un rato delicioso.  
Amigo, la franqueza disimula;  
Sabrás que la merienda preparada  
Ya está para los dos, y aparejada  
Tambien para los dos un mejor mula.  
Arriba, camarada;  
Monta pronto detrás, por vida mia,  
Y caminar podremos  
Hasta el alto con buena compañía.  
Ahí á D. Luis tenemos  
Con Patrocinio ya; héla cuán dulce  
Sobre el fiero bridon que vá trotando  
De su papá en el seno se reclina,  
Blando riso su fáz iluminando,  
Cual rie acaso en la Sion divina  
La Virgen pura y bella,  
Cuando con furia que al mortal espanta  
Ruge la tempestad bajo su planta,  
Y ella ruega á su Dios que está con ella.

—  
No la riñais, no obstante si en su mente  
Tímido y dulce surge un pensamiento,

Que tiñe de rubor su blanca frente.  
Su padre, es cierto, cuidala afanoso,  
Y en sus brazos estréchala contento,  
Y en su compañía vá tan orgulloso ;  
Y le habla de las cosas que mas gusto  
La dan ; mas sin embargo, « si estuviera  
Millan en su lugar... ; mas ¡ oh qué ingrata !  
Murmura en sí con cándido disgusto ;  
¿ Puedo pagarle yo de esa manera  
A mi padre el amor con que me trata ?

*Ellector.* Pero y Millan, ¿ no viene con nosotros ?

*Yo.* ¡ Oh ! no, señor ; tiene otros  
Deberes que cumplir ; hánle nombrado  
Mayordomo los jóvenes cofrades ;  
Y...

*Ellector.* ¿ Pero qué ; y un joven ilustrado  
Se ocupa de tan raras necesidades

*Yo.* ¡ Oh ! si entra, si, señor ; ¿ y qué ? mi juicio  
No en ello tan ridículo le encuentra

La idea de Millan es tambien mia,  
Siempre que á nadie irróguese perjuicio,  
Con tal que la honra no haya de afectarse  
Debe el que á un pueblo complacer ansia  
A sus rancias costumbres amoldarse.

*D. Luis.* Buenos días, señores.

*Yo.* Buenos os los dé Dios; ¿tambien al alto  
Suben ustedes?

*D. Luis.* Si; yo nunca falto  
En tal expedicion.

*Yo.* Tambien parece  
Que se ha asociado á vuestra sana idea  
La rosa mas fragante que florece  
Entre las rosas del pensil de...

*Patrocin.* ¡Graeias, adulador!

*Yo.* ¡Oh! no, hija mia:  
Justicia que tributo á tu belleza.

*Patrocin.* ¡Si; ya eres buena pieza!

*Yo.* ¿Y doña Cruz?

*D. Luis.* Marchóse el otro dia  
A allá con su familia, y aun no vino.

*El lector.* ¿Quién es ella? ¿su esposa?

*Yo.* Pues; la misma: si ansias  
Conocerla, lector, es fácil cosa.  
Sígueme á donde quiera que yo vaya;  
Verás una señora, pronto ó tarde,  
Que en los cuarenta raya,  
Y en cuyos ojos arde  
Desque al pobre D. Luis diera su mano  
Y lo siguió á su aldea,  
Un rayo de desprecio soberano  
A cuanto la rodea.

Porque ella es de alta cuna,  
Se educó en un colegio,  
Salió tan ilustrada cual ninguna;  
Era digna de un regio  
Consorte, y su familia sin embargo,  
; Oh dia triste de recuerdo amargo!  
Como estaba *atrasada*  
Y era D. Luis muy rico,  
Apenas abrió el pico  
Dijo que *sí*; por eso confinada  
Se vé ahora entre salvajes;  
Así nos llama á los que Dios dispuso  
Nacíramos aquí: yo esos ultrajes  
No los siento: ; Pardiéz! sentirlos era  
Hacerla ya creer que vá fundada:  
Pero no quiero aquí ser mas difuso:  
Nos observa D. Luis.

D. Luis. ; Hermoso dia!

Yo. Dia de primavera.

D. Luis. ; Pero advierten ustedes? ya es llegada

La procesion al punto de parada.

Yo. Sí; ya ha llegado; cierto.

D. Luis. Es decir, que podemos si gustamos

Arribar á galope á San Lamberto.

Yo. Tiene razon D. Luis: sí; vamos, vamos.

**En San Lamberto.**

Esta es, amigo, una vetusta ermita  
A mitad del camino situada  
De la de Santa Cruz: junto á ella habita  
Un anciano á quien fuera confiada  
Su custodia años há; santo ermitaño  
A todo afecto terrenal extraño,  
De familia y de hogar desposeido,  
Merced del pueblo á la piedad sagrada  
Aquí tiene su nido.  
Pegada está al santuario su casilla  
Con un huerto adherente  
De fácil y nada áspero trabajo  
Que frutos suaves rinde á maravilla,  
Gracias á la agua pura en él naciente.  
Tambien posee un poco mas abajo  
Esas dos grandes hoyas nada ingratas  
Que dan buenas judias y patatas:  
Aún mas: esa noguera  
Toldo, gala y adorno de este prado  
Esperanzas le dá en la primavera;

En el verano un fresco regalado,  
Y mieses en otoño; y desde luego  
Cañas en el invierno para el fuego.

Así pasa sus horas repartidas  
Nuestro hombre entre cavar el fértil suelo,  
Y en poner á su ermita como un cielo,  
De limpia, ó en hacer fervientes votos  
Por la prosperidad de los devotos,  
Que de aceite le dan sendas medidas  
Para alumbrar al santo cuando rugen  
Fatales truenos en revuelto estío.

¡Oh! los huesos de cólera me crujen  
Al recordar las frases que un impío  
Soltó, al anciano honrado calumniando  
Sobre ese objeto pío.  
Tuvo valor para decir que cuando  
El eco de la cólera divina  
Nuncio feróz de asolacion y ruina,  
Del Polo al Sud los ámbitos afruena  
Toma él de aceite la medida llena,  
¡Y cómo lo diré? Temblád de espanto;  
Por echarla en la lámpara del santo  
La vierte en el puchero de la cena.

¡Oh! si el tiempo me diera mas espacio,  
Cien rayos, nuevo Júpiter tenante,

Lanzárale en mis iras al tunante  
Que así calumnia á tan honrado viejo :  
Pero aplazada aquí la cosa dejo :  
Otro día oireisme sin prefacio  
Estallar con horrísona violencia,  
Y en mis furores asordar al mundo ;  
Cada línea un relámpago soberbio ;  
Cada final un trueno tremebundo ;  
Apóstrofes sin fin de duro nervio  
Dirigidos, la bárbara insolencia  
A aniquilar con éxito profundo  
Del mónstruo á la vil maledicencia.

—  
Presúmote, lector muy fatigado,  
Y antes que trates tú de abandonarme,  
Te dejo en ese prado,  
A orillas del vergel del tío santero.  
Ahí puedes aguardarme  
Hasta que baje del riscoso otero.  
Haránte compañía  
Cuantos prudentes gustan comedidos,  
A medias practicar la virtud pía ;  
Pero yo, un tanto afecto á los extremos,  
Con los fieles me voy mas decididos  
Y al fin á Santa Cruz ascenderemos.

—  
Con paso lento van, marcado y grave.

Uno á uno los hombres arribando ;  
Y no van dos á dos , pues no los cabe  
Por el áspera senda tortüosa  
Que en Santa Cruz termina.  
En actitud humilde y decorosa ,  
Detrás , dulce plegaria murmurando ,  
Sube el anciano respetable cura ,  
Cuya ejemplar conducta , peregrina  
Veneracion dó quiera le asegura.  
Grave , dulce y pacífico : lo mismo  
Ageno á la licencia que al cinismo ,  
Parece encarnacion sublime y pura  
Del Génio celestial del cristianismo .  
Setenta años ya cuenta de existencia ;  
Y há cuarenta que rige á maravilla  
La humilde grey sencilla  
Que á su celo fió la Providencia .  
Blando pastor , con honda ni cayado  
No intolerante aguija su ganado ,  
Antes bien con halagos sin iguales ,  
Marcha delante , inseparable guia ,  
Solicito mostrándole la via  
Que fina en las mansiones celestiales .  
Daré en sencilla anecdota una idea  
De su carácter noble y humilde ,  
Probando al paso al que en retar se emplea ,  
Cuán útil es que en su improba tarea

Una á la voz su ejemplo virtüoso.

Saliendo el buen anciano paseando  
Orillas de la aldea cierta tarde.  
Llegó cabe una finca, donde arando  
Había un mozo que con fiero alarde  
Rabioso trás la yunta iba jurando.

—¿Qué haces? clamó increpándolo con celo:  
¿No ves, imbécil, que escupiendo al cielo  
Te escupes á tí mismo? ¿No imaginas  
Que han de herir esos rayos que fulminas  
Tu propia frente? ; Oh! ; bese usted el suelo!

Paró el mozo la yunta; del arado  
Soltó la mano; furibundo irguióse:  
Y por la voz del cura exasperado  
Contra él, fiero turbion de horror preñado,  
En bárbaros denuestos desatóse.

— Vén aquí. dijo, ven, cura marrajo,  
Y veremos si Dios ó Belcebú  
Te dan esa paciencia en el trabajo,  
O si á jurar aprendes á destajo:  
¡Que bese el suelo yo! ; bésalo tú!

No bien sus frases concluyó el villano

Cuando doliente, y humilde y pío  
Postróse en tierra el venerable anciano;  
Besóla triste y murmuró: — ¡Dios mío,  
Aparta de él tu enojo soberano!

Confuso ante piedad tan eminente,  
Presto cambió sintiendo en su alma impura,  
Temblando cual convicto delincuente,  
Lanzó el mozo un gemido de amargura  
Y hundió en el suelo la abatida frente.

— ¡Perdone usted, señor! contrito dijo  
A poco rato alzándose del suelo.  
— ¡Oh! perdonado estás; y si ese duelo,  
Cual fio, es de un pesar sincero hijo  
Tendrás mi bendición y la del cielo.

Pero ¿á qué fin palabras tan impías?  
Era, señor, que este maldito arado  
Está horrorosamente destemplado.  
— ¡Y acaso con tus furorés presumías  
Ponerlo con ¡por vidas! afinado?

¡A ver! muévelo un poco; mas de un año  
De jóven entre arados he vivido;  
Y aunque cien reglas ya diera al olvido,  
Aun creo recordar... mas, ¡ah! ¿qué extraño

Que tan fiero disgusto hayas tenido?

¡No advertiste hasta aquí, que acaso dando  
La reja, hombre fatal, en roca oculta,  
Dobló su filo, y por demás ahondando  
El surco, donde quiera tropezando  
Vá, de tal caso en natural resulta?

¡Y con cálculo, en suma harto funesto  
Homeópata arador, ¡por vida mia!  
Llevas el tiro al clavijero sexto,  
Presumiendo por medio tan opuesto  
Del arado amansar la rebeldía!

¡Vaya! endereza pronto esa encorvada  
Reja, puesto que el hierro no es muy duro,  
Acorta la estension exagerada  
De ese tiro tan largo, y rematada  
Verás la causa de tu enojo oscuro.

Pensando en tan verídicos consejos,  
Siguiendo á la piadosa comitiva  
Pasito desde lejos,  
Entretenido yo iba.  
Cuando cien voces súbito sonaron  
Que sordo me dejaron.  
Era que ya llegados á la cumbre

Cada uno allí, según la fuerza suya,  
Siguiendo una antiquísima costumbre,  
Deshacíase en gritos de «aleluya.»  
Gritos vivos, agudos y sonoros  
Que daban á la vez niños y ancianos,  
Imitando los ecos de los coros  
De aquellos piadosísimos cristianos  
Que marcando las huellas de la santa  
Madre del memorable Constantino,  
Trás luengas horas de fatiga tanta  
La cruz hallaron de Jesús divino.  
El párroco entre tanto, penetrando  
En aquella mansion tan elevada,  
Sale presto ante el pueblo levantando  
La cruz en aquel templo venerada.

— Hé aquí, prorumpe, el estandarte santo  
Del rey de los ejércitos celestes ;  
La soberana cruz que hórrido espanto  
Lleva á las fieras infernales huestes :  
Héla, repite; y humillando en tanto  
La frente los católicos, contestes  
Postérnanse, velada la pupila,  
Repitiendo el magnífico *Vexilla*.

—  
Los niños, á su vez, trépan, graciosos  
Por escalones ásperos, riscosos ;

Cogiendo entre los robles flores gayas  
A quienes llaman *Mayas*.  
Y los vástagos luego mas lucidos  
Cortando de los robles mas gigantes,  
Traen los bellos ramos suspendidos  
En el gárfio mas alto, guarnecidos  
Con cintas hermosísimas flotantes.  
Y al fin puestos en fila y exhalando  
De una cántiga *ad hoc* el blando mote,  
Emprenden el descenso, acompañando  
La cruz y el venerable sacerdote.

¡Oh! en esa forma, religion hermosa,  
Jesús divino te anunciará, cuando  
Hija única, legítima del cielo,  
Para imponer al suelo  
De tus gracias la práctica piadosa,  
Por ardientes aceros usó flores  
Y formó su milicia poderosa  
De humildes indefensos pescadores.

Media hora trascurriera y descendimos  
Al fin á San Lamberto;  
Luego la misa conventual oimos  
Y almorzar en el prado resolvimos.  
Héme ante tí, lector; ¿estás despierto,  
O desde que te dejé duermes en calma  
Y rehusas oirme? ¡Por mi alma,

Que te habrá de pesar , si no haces caso !  
Mira que no es que voy á molestarte  
Con mi prosa maldita : quiero darte  
Un almuerzo tan bueno y nada escaso ,  
Que los dedos de gusto has de chuparte.

**El almuerzo.**

¡ Hé! ya tienden las piezas de albo lino ,  
Grata la animacion del pueblo crece  
Y sentándose vá cada vecino  
Segun el barrio á donde pertenece:  
En pié el ministro de Jesús divino  
Al frente de los fieles aparece  
Y bendice el almuerzo con voz pía  
Y ya todos engullen á porfía.

¡ Oh, tú, á quien de tragon alto despacho  
El inclito Cervantes espidiera ,  
Sancho ilustre, que ya cuando muchacho,  
Tu juicio singular mi guia fuera...!

Si aun recuerdas las bodas de Camacho  
Donde tanto gozaste, considera  
Y dinos si este almuerzo, ¡oh noble Panza!  
No inclina en su favor tu fiel balanza.

Gallinas, y carneros y capones,  
Y liebres, y perdices y conejos,  
Y pavos, y cabritos y pichones,  
Y setas, y lagartos y cangrejos,  
Ráncios y sabrosísimos jamones,  
Recios y transparentes abadejos;  
Cuanto basta á la gula en su exigencia  
Y cuanto halaga, en fin, la inapetencia.

Todo en desórden bello entremezclándose,  
Gran deleite á la vista un punto ofrece;  
Mas todo poco á poco vá aclarándose,  
Y ora un tierno capon desaparece;  
Ora su madre; ya fiero cebándose  
En un jamon, su vientre éste abastece;  
Ya otro alza una perdiz y en su destrozo  
Se le saltan las lágrimas de gozo.

Aquel...; pero observemos entre tanto  
Qué hace el buen ermitaño; el pobre viejo  
Cuya honra padeciera tal quebranto  
Merced de un chusco al natural gracejo.

Del mastuerzo, cargándose del santo ;  
De una yerba, es decir, que en un vallejo  
Crece lozana cerca de la ermita,  
Y el apetito á maravilla escita,

Vá en un cesto por filas ofreciendo,  
Y la gente le toma con agrado  
A regalito tal correspondiendo  
Con cien tasajos de carnero asado :  
Y aunque allí el truhan de marras sonriendo  
Le lance algun satírico dictado,  
El, como á todos, con humilde gesto  
Llega tambien y le presenta el cesto.

No porque no quisiera allá en su adentro  
Arrojárselo al pécora á la cara,  
Que aun es su corazon ardiente centro  
De altivos bríos y fiereza rara  
Y aun la alma misma se le agita dentro,  
Que allá en su juventud se le agitára,  
Cuando en cierta disputa, con su mano  
Rompióle el cráneo á un colosal gitano.

Mas ¡ ay! que convirtiéndose en santero  
Hizo á sus humos tácita renuncia ;  
Pues sabe que el mendigo pendenciero  
Al público desprecio se denuncia.

Por eso ahora en vez de un *voto fiero*,  
Blandas frases hipócrita pronuncia  
Y por eso también el chulo ahora  
Su sal epigramática no llora.

«¡A brindar, á brindar! ya hemos comido;  
Fuerza es que ahora brinde todo el mundo:»  
Tal un bravo eco suena y repetido  
Es por la gente toda en un segundo.  
Y un jarro blanco, atroz de vino henchido  
Con respeto evangélico profundo  
Poniendo al cura el síndico en sus manos  
Prorumpe aquel por fin: — «Caros hermanos:

Resiéntese de tales libaciones  
La grave austeridad que guardar debo;  
Mas si hay excepcionales ocasiones,  
Que esta una es á asegurar me atrevo:  
Brindemos con prudentes espresiones,  
Comedidos bebéd, como yo bebo;  
Y pues confío acatareis mi idea,  
¡A la salud de mi querida aldea!»

Fina; y con ruido sordo y no antipático  
Cincuenta jarros chócense uno á uno;  
Y de gracias el voto mas simpático  
Cincuenta ecos le rinden de consuno.

Beben, y en su alta presuncion, flemático  
Como aquel que la echa de tribuno,  
Tose el alcalde, escupe, alza su cuello,  
Se suena la nariz y allá vá ello.

No faltó aclamacion estrepitosa  
Al terminar su brindis el alcalde;  
Pero si examinamos bien la cosa  
Ni siquiera un aplauso hubo de valde.

Aplaudió . viendo cerca la angustiada  
Hora fatal en que sus cuentas salde,  
El que el año anterior la vara tuvo  
Y entre tanto no sé qué embrollos hubo.

Aplaudió reciamente el secretario  
Si bien de burla conteniendo un gesto ;  
Y aplaudió cuanto torpe mercenario  
Quiso guardar su miserable puesto ;  
;Oh , qué varita mágica ¡ canario !  
Es en mas de una ocasion el presupuesto... !  
Y ¡oh cómo , aunque distintos en el nombre,  
Aseméjase un hombre á otro hombre !

¡ Imágen de Jehová prostituida  
Que rastrera al poder dó quiera adulas ,  
Ya corona ducal llevas ceñida ,  
O ya toques el cuerno en las *adulas* !  
Eres la misma siempre y ¡ por mi vida !  
No sé ¡ oh lisonja ! donde más pululas ,  
Si entre graves larguísimos bigotes ,  
O entre labios de viles monigotes .

Al fin , la necia servilona gente  
Al buen alcalde de aplaudir se sácia ,  
Y siguen todos sucesivamente  
Brindando con placer , pero sin gracia .

Porque está el señor cura allí presente ;  
Grave censor; y cierto que es desgracia  
Que el ceño de un fiscal me prive adusto  
De emitir mis ideas á mi gusto.

Mas ¿ qué fuera, buen Dios, si el señor cura  
Se alejára de allí por un momento?  
Quien ahora sorbe el vino con mesura  
Tragáralo sin fin: y en el contento  
Que brinda Baco al alma mas oscura,  
Del Génio vierais, sí, destellos ciento,  
Pero vierais tambien en breve plazo  
Llover mas de un terrible puñetazo.

Tal brindára quizá « porque sus dias  
Fine en un hospital todo hombre indino  
Que remeda un milagro del Mesías,  
Queriendo convertir el agua en vino: »  
Miradas arrojándole sombrías  
Preparándose á hacer un desatino,  
Se aviára acaso el tabernero entonce  
Blandiendo un brazo como el mismo bronce;

Y descargando, etc.: y ahí tienes  
Lo que es la libertad sin traba alguna;  
Demócrata fatal: mil parabienes  
La rindes bendiciendo tu fortuna

Breve tiempo; mas cuántos hay á quienes  
No haya pesado pronto esa importuna  
Tonta emancipacion que un dia... pero  
¿Qué me meto yo ahora á farolero?

Los que á brindar los últimos quedaban  
La inspiracion tuvieron que guardarse :  
Pues por mas que el silencio reclamaban  
Era aquello de valde acalorarse.  
Todos, á un tiempo recio platicaban,  
De que habia aun allí álguien, sin curarse,  
Que ni á medias ponerse osó beodo  
Por poder luego dar razon de todo.

Nada me enoja tal, por vida mia,  
Como asistir de amigos á un banquete  
Donde en tanto que yo sorbo á porfía  
Hay pareo un arteruelo mozalvete  
Que beber, ya lo creo, bebería;  
Mas se abstiene por ir el alcahuete  
A remedar despues en otro puesto  
Mis maneras, mis voces y mi gesto.

Cuando el párroco ya creyó prudente  
Levantar la sesion, en pié se puso;  
Y haciendo allí sonar tan brevemente  
Como pudo, su voz, tal les propuso:

«Hijos míos: de fecha no reciente,  
Al almuerzo sabeis sigue un buen uso;  
Y pues de alzarse ya la gente es hora  
Daremos gracias al Señor ahora.

Dice, y se alzan los más en dos instantes,  
Otros se van moviendo poco á poco;  
Dos se agitan confusos, vacilantes,  
Que no es alzarse ni caer tampoco;  
Uno queda, por fin, que centellantes  
Gira un punto los ojos como un loco,  
Murmura un ¡Voto á brrios! con regañona  
Voz, y se tiende á adormecer la mona.

Vénlo todos y un plácido chicheo  
Se arma quedito; pero ya recita  
Gracias el señor cura y que está feo  
Burlarse en tanto, cada cual medita.  
Mas ¡oh! que apenas se entregó á Merfeo  
Sintiendo el beodo la impresion maldita,  
De una paja á sus labios arrimada  
se planta una terrible bofetada.

Y dan todos en reir furiosamente:  
Del alcalde la faz se desencaja  
Y mil penas anuncia en su ira ardiente  
Al miserable que arrimó la paja.

« ¡Silencio ó... vive Dios! » grita á la gente,  
Y el estrépito aquel en breve ataja;  
Y con gesto que á todos preocupa  
Agarra al de la paja por la chupa.

« Usted ha de *pulgar* en un *presilio*  
Con cadenas y todo su pecado! »  
Grita, y ya en tan odioso domicilio  
Se juzga el pobre chusco aherrojado.  
Mas véd que al señor párroco en su auxilio  
Que con rostro severo y agitado,  
Silencio y atencion dó quier reclama,  
Y lo consigue, y con dolor esclama:

« Señor alcalde: por la vez primera  
Dejádlo estar como se deja á un loco;  
Mas, ó esa es de las bromas la postrera,  
O no subo jamás aquí tampoco.  
¡ Ah! plegue á Dios que ese hombre no supiera  
Qué sus miseras gracias de hace poco  
Eran tiros mortales dirigidos  
A uno de nuestros usos mas queridos! »

« ¡ Un acto religioso que terminará  
En medio de ruidosas carcajadas...! »  
¡ Oh! cual goza el ateo que fulmina  
Sus flechas de sarcasmo envenenadas,

Contra la santa religion divina  
Fijando en una escena sus miradas,  
Donde mezclan sacrilegos, socces  
Chicheos y oracion, risas y preces!»

«Prosigamos:» y triste y humildoso  
Vuelve á empezar el rezo, y el concurso  
La plegaria del párroco celoso  
Repite, resignado á su discurso;  
Y sigue el señor cura, y un piadoso  
Amen termina á la oracion el curso,  
Y á partir se apercibe, y al momento  
Se pone todo el pueblo en movimiento.

---

### CAPÍTULO TERCERO.

#### Millan y su madre.

Mientras del alto cerro descendíamos,  
Pasaba cierto diálogo en la aldea  
Que quiero aquí notar; al que pregunte  
Cómo estando tan lejos de la escena  
Lo pude yo husmear; satisfacerle  
En breve sencillísima respuesta;  
Porque lo supe y basta; y al asunto,  
Que los largos preámbulos me apestan.

En el rincon de miserable barrio,  
Casa de barro tosco, humilde alberga  
A dos seres no mas; el uno de ellos  
Ya, mi lectora amable, ayer lo vieras;  
Es nuestro buen Millan; si estas gustosa  
En seguir observándole de cerca,

Penetra con tu idea en tal morada,  
Sube de un modo igual diez escaleras,  
Y acércate á la puerta de su cámara,  
Y en ella le verás, que con presteza  
Concluye de vestir su mejor trage,  
Pues hoy va á ser el héroe de la fiesta.

Zapato de becerro, bien cortado;  
Nuevos el pantalon y la chaqueta  
De barragan, como tambien nuëvo  
Su buen chaleco de algodón y seda;  
Y no creais que el *buen* es mero ripio;  
Traido por mi mísera torpeza  
A pesar del contraste tan notable  
Que forma el epíteto con la tela.  
Es modesto adjetivo todavia  
Para el que igual jamás tuvo otra prenda.  
Vuelvo á mi descripcion; su buen chaleco,  
Su camisa de lino, con pechera  
Bordada, su alfiler sobredorado  
Con gracioso primor prendido en ella,  
Y un calañés que saca de una caja,  
Completan su atavio; ¿estas contenta,  
Lectora, de su trage? No: imposible:  
Trage es ese, pardiez, que ni se presta  
A bella descripcion, ni á darle gracia,  
Al mozo de figura mas apuesta;

Término medio entre el calzon, la faja,  
Medias de puente, toca en la cabeza,  
Y el sombrero de copa y la levita,  
Es como todo lo que se hace á medias:  
Es quizá como yo, lectora amable,  
Que dos cosas quiero ser en una pieza;  
Poeta y labrador para serviros,  
Y ni soy labrador, ni soy poeta.

Como la última vez no es esta acaso  
Que á esta salita con agrado vengas,  
Véla despacio en tanto que el mancebo  
Peina su rubia riza cabellera.

Cuatro paredes toscas, desiguales,  
Dó para nada acaso entró la regla,  
Forman breve imperfecto cuadrilátero  
Que un techado pobrísimo sustenta  
Con tres vigas tórcidas y combadas  
Cuyo número doble ser debiera;  
Pero no había mas cuando se obraba  
Y trabajan por dos cada una de ellas;  
Las paredes que allá en sus verdes años  
Precisamente habrían de ser nuevas,  
Hoy mas precisa y razonablemente  
Resquebrájanse ya de puro viejas  
No obstante el paliativo que en un baño  
De cal mal amasada recibieran.

El suelo á largos trechos quebrantado  
Es harto desigual, con muchas grietas  
Dó acude el polvo vil á guarecerse,  
Cuando activa la escoba lo espolea.  
Empero para gloria de la limpia  
Mujer que toma la improba faéna  
De cuidar del aseo del recinto,  
Las grietas de aquel suelo la mas bella  
Muestra son del encanto que en sí tiene  
Cuando aseada se ostenta la pobreza.  
Forman todo el mueblaje de la estancia  
El cofre de Millan frente á la puerta ;  
A la derecha, entrando, siete sillas  
De esparto recio y rústica madera ;  
Y de la izquierda en el rincon primero  
Parado un largo catre de tijera  
Bajo una colcha azul de lana basta  
Raída, pero limpia : solo resta  
Notar la mesa de pintado pino  
Encima de la cual de un clavo cuelga  
El chico espejo dó Millan á un tiempo  
Nunca todo su rostro ver pudiera.  
Por eso acaso al arreglarse el pelo  
Se pone ahora del cristal tan cerca  
Que lo empaña con su hálito, y por eso,  
Sin duda, al acordarse de la bella  
Aparicion de ayer traza en la luna

Trémulo con el índice unas letras,  
Y estampando dos besos amorosos  
Al pié de aquellos signos, vuelve presta  
La vista hácia la puerta que girando  
Dá entrada á una mujer. Esta es la vieja  
Madre del buen Millan, la tia María,  
Vieja adusta que pasa de setenta...  
Mujer que predispone ingratamente  
A cualquiera mortal solo con verla,  
Y no por su figura chica y curva,  
Vivo retrato de una *C* mal hecha,  
Ni porque yá su rostro amarillento  
Todo demacracion y arrugas sea:  
Dios tenga de su mano al que desprecie  
Las cosas que consigo el tiempo lleva.  
Lo que no gusta, pues, en tal anciana,  
Es contemplar bajo peladas cejas  
Unos ojos que entre órbitas de púrpura  
Revuélvense con mágica viveza,  
Espejo fiel de la altiveza de ánimo  
Que en tan gastada máquina se alberga.  
Lo que no gusta, pues, en tal anciana,  
Es contemplar... pero, lector, alerta  
La vieja adelantóse y hablar quiere,  
Veamos en qué terminos se expresa.

---

## DIALOGO.

**La tia Maria. Millan.**

*T. Maria* ¿Qué haces ahí enredando?

*Millan.*

**Madre mia:**

Sería un egoismo imperdonable  
El no participaros mi alegría.  
Gozaba en el recuerdo inolvidable  
De una escena dó ayer la inaugurára  
**Mi ventura:** ¿veis estos que anotára  
Caractéres ha poco? son el nombre  
De la flor mas hermosa de este valle,  
Que ayer dó estaba arando, no os asombre,  
¡Oh! sí, me dijo que me amaba;

*T. Maria*

**¡Calle!**

¡Quieres tráerme una nuera! ¡qué fortuna!

*Millan.*

¿Cómo? ¡yo!

*T. Maria*

Tu: pues ¿quién?

*Millan.*

**Yo no he pensado...**

*T. Maria* Alguna pelandusca; á quien su estado

- Le será insoportable.

*Millan.*

¡Oh! no; no es una

Pelandusca ni menos; todo al punto  
Os lo diré porque con rudo labio  
No vayais á inferirla un nuevo agravio.

*T. Maria* Pues ¿quién demonios es que no barrunto...

*Millan.* Madre mia; la vírgen candorosa  
Que ayer, junto á la finca dó yo araba,  
Con su boca gentil de miel y rosa  
Me confesó el amor que le inspiraba,  
Es Patrocinio,

*T. Maria* ¿Patrocinio? Creo  
Que no lleva siquiera  
Ese nombre en la aldea una soltera.

*Millan.* Pues ¿qué? ¿no es Patrocinio, por ventura,  
La hija de D. Luis?

*T. Maria* ¡Dios soberano!  
Está loco perdido; bien lo veo:  
¿Y es esa la futura  
Que ayer te se brindó? ¿y qué? ¿no piensas  
Que acaso se propuso á tus espensas  
Divertirse contigo mano á mano?

*Millan.* ¡Ah! no; desde la infancia  
Nos une una acendrada simpatía,  
Que, afirmándose mas de dia en dia,  
Vá por nuestra recíproca constancia.

*T. Maria* ¡Y buen provecho que os hará el remate!  
Aunque por ella al cabo no quedára,  
¿Has pensado siquiera, botarate,

En la distancia inmensa que os separa?

*Millan.* El verdadero amor no reconoce...

*T. María* ¡Qué verdadero amor, ni qué ciruelo!

¡Pobre necio fatal; bien se conoce

Que aún eres un polluelo

Nuevo que trae el cascaron asido!

No tienes mas sino ir derecho á ella,

A su madre, á la altiva señorona

La D.<sup>a</sup> Cruz, infame, y comedido

Decirle, «yo amo á vuestra hija bella

» Y ella prendada está de mi persona;

» Con que no hay mas que ver:» verás que amable

Te contesta á su vez la muy bribona;

La orgullosa, indecente, mal criada,

Afrenta de la casa mas honrada:

Que voy el otro dia tan afable

A ofrecerle en la iglesia agua bendita,

Y haciendo ascos sin fin mi mano evita

Y me vuelve la espalda: ¡miserable!

¡Oh! si no la agarré de la peluea...

De la peluca, sí: que en todo aquello

No hay nada natural, ni aun un cabello;

Yo sé quien le vió un dia hasta la nuca...

*Millan.* Pero, madre; ¡por Dios...

*T. María* Bueno; volvamos

A tu asunto, desde ahora te prevengo,

Yo que un poco maduro el juicio tengo,

Que agua que nunca has de beber, ¿estamos?

Que la dejes correr: la D.<sup>a</sup> Tiesa

Si llega á conocer que la camuesa

De su hija...

*Millan.* ¡Ira de Dios! ¡que así por todo

Atropelleis hiriendo rudamente

Al culpable á la vez y al inocente!

*T. María* ¿Es menos que camuesa, por ventura,

La que desciende de su enorme altura

Para querer á un mísero labriego?

*Millan.* Déjeme usted la ruego.

¡Ah! si ello es nada mas ilusion pura

No me la arranque usted, ni mas trasiego

Siempre en mi corazon! ¡Camuesa ella

Porque lleva grabada en su alma bella

La imagen de vuestro hijo!

¡Mancebo pobre! es fijo,

Pero de noble corazon; ¡ah! ¿cuándo

Se habrá visto una madre despiadada

Vertér tan fiero duelo

En el alma de su hijo?

*T. María* Camarada:

Quien bien te quiere, ¿estás?

*Millan.* ¡Oh! no ensartando

Mas refranes vengais.

*T. María* En hora buena;

Síguela cortejando,

A la postre veremos si te pena.  
¿Cómo seguir en esas relaciones  
Tu, mísero labriego,  
Desoyendo mis justas reflexiones  
Y no salir crismado?  
Una oreja me juego...  
¿Me dejará uste, al fin?

Millan.  
T. María

Ya estás dejado.

Tal concluyó la vieja, y, entre dientes  
Aullando rudas voces maldicientes,  
Lista la puerta abrió, como ella sola,  
Y tras sí con estrépito cerróla.

« ¡ Ah! » prorumpió Millan con dolor vivo  
Y no prosiguió mas, luego llevóse  
La derecha á la frente, y pensativo  
En forma tan dramática quedóse.

¡ Pobre Millan Andrés! alma sensible  
Fácil vibrando á una emocion cualquiera.  
¡ Ah! ¡ qué dolor profundo, inconcebible  
Su impresionable espíritu lacera.

¡ Oh cruel! muy cruel! la vieja insana,  
Madre ingrata de un hijo que la adora,

¡Ah! ¿por qué en espantarle audáz se afana  
La cándida ilusión que lo enamora?

Porque, vengamos en razón; la vida  
Es una senda de ásperos abrojos  
Donde crece entre espinas guarecida  
Alguna flor que hechiza nuestros ojos.

¡Ay! no nos la arranqueis! harto temprano  
Sobre ella el cierzo agitará sus alas,  
Y acá y allá dispersas, ¡polvo vano  
Vendrán á ser sus refulgentes galas.

¡Ay!... pero ya con sus disparos secos  
Seis trabucos los ámbitos atruenan;  
Y las campanas sus potentes ecos,  
Al aire dando, vibradoras suenan.

Es que ya el señor cura llega en breve  
Con los que allá gustaron de seguirle,  
Y todo fiel cristiano salir debe  
Formando procesion á recibirle.

Es que á Millan ya tiempo no le queda  
Para estarse gimiendo sin tesiiigos,  
Y sabe que es preciso con faz leda  
Reunirse á sus jóvenes amigos.

Leda, sí; que en un hora de terrible  
Esplin de aquellos que su pecho asaltan,  
Quando cree en su Genio inmarcesible  
Y ansia volar y vé que alas le faltan,

Viéndole por demás afectadísimo,  
Mostrándolo á otros mozos con el dedo,  
Dijo un chalo, «ahi está el Eminentísimo  
Cardenal Arzobispo de Toledo.»

Gracia premiada, sí, con uua cruda  
Cantidad de escelentes mogicones;  
Mas que le hizo pensar; «¿con que, sin duda,  
La tristeza revela pretensiones?»

«¿Con que he de mostrar célica alegría,  
A ver si asi la estupidez se calla,  
Mientras dentro en histérica agonía  
Mi destrozado corazon estalla?»

«¿Con que...» pero, oh lectora, nuestro mozo  
Salió al segundo toque, apresurado,  
Del alma ahogando el último sollozo:  
¿Qué hacemos aquí ya si él se ha marchado?

---

## CAPÍTULO CUARTO.

### La tía y el palmo de narices.

Si mal no estoy informado,  
Las dos ván pronto á sonar:  
Hora fija señalada  
Para el baile en general.  
El teatro es la plaza pública  
De costumbre inmemorial  
Dó acuden todos los jóvenes  
De ambos sexos, por casar.  
En tanto la hora se acerca  
Es de ver el vivo afán,  
La gran priesa con que barren  
Cuatro mozos el local,  
La solicitud con que otros  
Formande un círculo van

Con los bancos de la iglesia  
Que ahora acaban de sacar,  
(Por supuesto con permiso  
Prévio de la autoridad),  
La rapidéz con que cruzan  
Algunos aquí y allá,  
Invitando á sus amigas  
Al jaleo general,  
El interés con que ruegan  
Los gaiteros á Millan  
Que mande traer mucho vino,  
La grata afabilidad  
Con que éste les satisface,  
Y el vacilante ademán  
Que se trasluce en las vueltas  
Que él mismo allí dando vá  
Luchando con dos ideas,  
Entre quedarse ó marchar.  
Por fin, dá un paso hácia el punto  
Dó su pensamiento está  
Y otro, trás otro latiéndole  
El corazon mas y mas,  
Segun se vá aproximando,  
Con zózobra sin igual,  
A una casa sitiada  
Al extremo del lugar.

Espacioso cuadrilátero  
Comprende el noble solar.  
Se alzan, de piedra labrada  
Con su mole colosal,  
Las paredes por encima  
De otras que próximas hay,  
Como la encina se eleva  
Sobre naciente tallar.  
Ocho balcones se ostentan  
En la frente principal  
Tallados á usanza antigua,  
De bella forma ogival,  
Y un escudo hay de armas sobre  
La puerta que entrada dá  
En este mismo momento  
A nuestro amigo Millan.

---

## CUADRO.

Salon elegantemente amueblado.

**D. Luis. Patrocinio. Millan.**

*(Aquellos sentados; Millan en pié).*

**D. Luis.** Mira, Millan, no te escucho,  
Si no te sientas primero.

- Millan. Pero ¡D. Luis!
- D. Luis. No hay mas pero...
- Millan. Yo lo agradezco eso mucho. (Se sienta).
- D. Luis. ¡Y bien...
- Millan. ¿Podré suplicar,  
Si agrada á la señorita,  
Que usted D. Luis le permita  
Venir un rato á bailar!
- D. Luis. Hombre... ya ves... nunca ha ido;  
Y lo siento; ¡voto vá!  
Como jamás su mamá  
Tal gusto le ha concedido...
- Millan. Mas su mamá no está aquí:
- D. Luis. No está, no; pero al momento  
Irá alguno con el cuento  
A relatárselo allí.  
Y luego aun no es esa sola,  
La circunstancia; yo fija-  
Mente no se si mi hija...
- Patrocinio. Si... yo... si usted quiere...
- D. Luis. ¡Ola!  
Segun eso... pero vamos,  
Es un apuro; si fuera  
Y su mamá lo supiera...



ESCENA SEGUNDA.

**Dichos. Coro de mozas aldeanas vestidas de gala.**

*Una.* D. Luis, á usted lo buscamos.

*Otra.* Pedimos una merced.

*D. Luis.* Pues ¿cuál es vuestro deseo?

*Tercera.* Nos quedamos sin bureo  
Si no lo remedia usted.

*Cuarta.* Si, como usted no intervenga...

*D. Luis.* ¡Yo intervenir en tal lance...!

*La mas descarada.* Es preciso á todo trance

Que la señorita venga  
Con nosotras á la danza,  
De lo contrario á ninguna  
Nos dejen ir.

*D. Luis.* ¡Bah! eso es una  
Farsa vuestra.

*La mas formal.* No; no es chanza:

Mi madre misma hace poco,  
Me contestó; «mira Rita;  
Si no vá la señorita  
No esperes ir tú tampoco.»

- La mas adulatora.* Y usted que tiene un deseo  
De agradar, siempre tan vivo  
¿Podrá vedarnos esquivo  
Tan inocente recreo!
- D. Luis.* Pero, hija...
- La adulado.* Y usted que adora  
Tanto á su niña hechicera,  
*Patrocinio.* ¡María... qué zalamera...!
- La adulado.* ¿No la dará gusto ahora?
- D. Luis.* Y ¿qué sabes tú si énojoso  
O agrado así la doy yo?
- La descara.* ¡Me gusta! ¡como si nó  
Se le leyera en los ojos!
- Millan.* Vamos, D. Luis; es preciso  
Que sea usted complaciente.
- D. Luis.* No, no.
- La descara.* Pues ¿qué inconveniente...
- La formal.* Ya vé usted; un compromiso...
- D. Luis.* Amigos míos, no puedo:  
Veis que las dos ya han sonado;  
Pues mientras se hace el tocado...
- La descara.* Yo se lo arreglo en un credo.
- La adulado.* Le debe á Dios las mas listas  
Manos que puedan pedirse.
- D. Luis.* Y luego para vestirse...
- La descara.* ¡A falta de camaristas!
- La adulado.* ¡D. Luis, y usted que es tan bueno!

;Vamos; diga usted que sí!

*La descara.* (A Patrocinio). Ea: siéntese usted aquí,

Para ir ganando terreno:

Mientras que no hacemos nada

La peinaré en un instante;

Si dan licencia, adelante:

Y si nó, ya está peinada.

*Patrocinio.* No, no; en tanto que papá

Me tenga en mi gusto á raya;

*Todas.* (Rodeando á D. Luis, como quien quemá el ut-

timo cartucho). ¡D. Luis!!!!

*D. Luis.* Que vaya, que vaya!!

Corriente.

*La descara.* (Abriendo el balcon y gritando hacia la calle

con entusiasmo). Madre! que váá!

*Las otras.* ¡Viva! viva!!

*D. Luis.* Juicio, juicio;

Sinó, no vá.

*La descara.* Pues, chiton;

Y á peinar, verá usted don

Luis como sé bien mi oficio. (Toma los útiles

de encima del tocador y peina en poco rato muy

bien á Patrocinio).

Ya está. (Con satisfaccion).

*Todas.* Y bien.

*Patrocinio.* Gracias, Teresa!

*Teresa.* Corriente; á vestir, señora,

Que cada minuto abóra...

Patrocinio. Sí, chica, vamos apriesa.

Teresa. ¿Entramos toda la gente?

Vereis que pronto se avía.

Patrocinio. No; venid tú y la María;

Con las dos hay suficiente.

*(Vánse las tres por una puerta que dá á las habitaciones interiores: en los breves momentos que emplea Patrocinio en vestirse, nada pasa digno de notarse en el salon, á no ser la impaciencia viva que se pinta en el rostro de las niñas. Por fin aparece Patrocinio sencilla pero ele antemete vestida).*

Todas. ¡Qué hermosa!!

Millan. *(Para sí).* ¡Cielos! ¡mi vida

Y mil vidas que tuviera,

Ángel hermoso, te diera!

Patrocinio. ¡Un beso por despedida,

Papá, y hasta luego.

D. Luis. *(Besándola).* Adios!

Niñas, prudencia os encargo.

Teresa. Ea, agúr, que hace ya largo

Rato que dieron las dos.

*(Al agolparse todas hácia la puerta principal aparece en ella la señora de quien hicimos una ligera pintura en nuestra espedicion á S. Lamberto).*

ESCENA TERCERA.

Dichos y Doña Cruz.

Patrocinio. ¡Mi mamá! (Abrazándola).

D.<sup>a</sup> Cruz. (Con enojo). ¿Qué es esto, niña?  
¿Cómo tanta chusma aquí?

Teresa. (¡A Dios! me parece á mi  
Que el baile se vuelve riña).

D. Luis. ¡Chica; pues ¿y eso? si no (A su esposa).  
Te aguardaba en quince dias...

D.<sup>a</sup> Cruz. Lo creo: esas simpatias (Con sorna).  
Son las que te inspiro yo.

D. Luis. No, mujer; pero... pues... ¿cómo...

D.<sup>a</sup> Cruz. Viendo que estaba entreabierta,  
Por la puerta de la huerta  
Me metí.

D. Luis. ¿Y el mayordomo?

D.<sup>a</sup> Cruz. Luego vendrá por la calle.  
Pero esto ¿qué significa?

D. Luis. Pche... que quieren que la chica  
Vaya al baile.

D. Cruz. ¿Al baile? ¡calle!



Rozarse con la canalla!

D.<sup>a</sup> Cruz. Y lo repito.

Millan. Señora; (Con dignidad).

Las ilustres ascendientes

De esta casa, complacientes

Siempre fueron.

D.<sup>a</sup> Cruz.

Pues ahora

Millan.

Y rebotando de gozo

En las danzas se mezclaban

Y animacion doble daban

Al general alborozo;

Y en las gratas emociones

Que entonces todos sentian

Cien aras las erigian

Dentro de sus corazones;

Pues es cierto que la grey

Nunca á su rey tanto acata

Como cuando el rey la trata

Sin recordarla que es rey. (Saluda y váse).

Luis.

¡Bien! Millan.

Cruz.

Aun le darás

La razon!!!

Luis.

¡Majer!

D.<sup>a</sup> Cruz.

Marido!

Teresa.

(Despidiéndose por todas, dice en tonó

nible). Me alegro que haya venido

Usted tan buena...

D.<sup>a</sup> Teresa. (*Rabiosa*). ¡¡¡ Esto más !!!

Teresa. (*En el umbral*). Me las prometí felices,  
Pero ¡ voto al otro día!  
Nos ha dejado esa tia  
Con un palmo de narices.

---

CAPÍTULO QUINTO.

---

**Estrellas y nubes.**

Las diez de la noche sonaron á poco:  
De estar en la cama debiera ser hora,  
Mas yo si en vigilia mi bella lectora  
Lo pasa, no quiero dormirme tampoco.  
¡Oh musa! Tus dulces auxilios invoco:  
Soy pobre, inesperto, novicio marino;  
Piadosa me muestra tu faro divino  
En tanto á mi playa pacífica aboco.

La noche está hermosa cual noche de mayo.  
En era tan grata de trinos y amores,  
La tierra y los cielos coronan de flores  
Del sol el fecundo vivífico rayo.

Allá cuando él pinta de fuego el soslayo  
La nube en oriente, se ven las del suelo:  
Y brillan cual oro de Ofir las del cielo  
Sumida natura en nocturno desmayo.

Envuelto hasta el labio, en un ancha manta  
De gayos colores tegida en Morella...  
(Lectora, perdona; perdon, niña bella,  
Si el vil sobre-todo de mi héroe te espanta.  
Un jaique tu vista quizá mas encanta.  
Millan, mejor que otros, llevarlo merece;  
Mas Dios á tal gracia negarse parece  
Y acato rendido su táctica santa).

Envuelto, cual dije, un hombre con paso  
Que el más fino oído notar no podría,  
Llega hasta la casa do há poco, de día,  
Con gusto, lectora, le vistes acaso;  
Y ante un balcon fijo donde un rayo escaso  
De luz vierte un grande cristal entreabierto,  
Algunos instantes se está como yerto  
Temiendo en sus planes un triste fracaso.

Mas ya con la diestra batiendo el embozo  
Levanta una chica ballesta en la izquierda;  
Apunta un momento, comprime la cuerda,  
Y apaga en sus labios un grito de gozo.

Era que en seguida que trémulo el mozo  
Adentro del cuarto la flecha lanzára,  
Algun ser que acaso la estancia habitára  
Cogíala dando pausado un sollozo.

El mozo de nuevo se emboza y atiende  
A ver en qué para su empresa; y en tanto  
El viento, causando fatídico espanto,  
Con hórridos silbos sus alas estiende.  
«¡Ay Dios! si á un objeto pesado no prende  
El *veto* ó el *sea* sin nada me quedo.»  
Tal piensa, y ya el triste se hiela de miedo,  
O ya en impaciencia su pecho se enciende.

Al fin una mano le puso tranquilo  
Dejando una cosa pesada caer;  
Y sobrecogido de pena y placer,  
Tomóla y marchóse con mucho sigilo.  
Abriendo la puerta de un mísero asilo  
Subió diez escalas con tal diligencia  
Cual si alas llevase la viva impaciencia  
De ver tal reado poniale en vilo.

Penetra en un cuarto con vívido afán  
Y enciende una vela; (yo estoy persuadido,  
Lectora adorable, que ya has comprendido  
Que el héroe del caso nocturno es Millan.

Ni aun eso diria; pero hay gente tan...)  
En fin, el mancebo desata un cordel  
Y de una cajita, desviando un papel  
Desdóblalo y lee... ; Dichoso galan!!

Pero, lector, en su viva  
Fruicion el mozo no vé  
Mas que lo anotado al pié:  
Yo voy á leer lo de arriba.

**EPÍSTOLA.**

«Entre los dos, angel mio,  
Destácase una barrera.  
Que para llamarla fuera  
Preciso el mas noble brio:  
¡Oh! yo por mi, bien lo fio,  
Soy hombre y fuerte: mas, dí:  
¿Habrá igual ánimo en ti?  
¿Tendrás á las doce abierta  
Del jardinito la puerta  
Para probármelo?»

CONTESTACION.

Si.º

**Millan.**

¡Cielos...! mas ¡ah! ¿y esta hermosa  
Cajita? pesa ¡á fé mia!

*(La abre, y, al verla llena de joyas, la cierra de repente diciendo con desagrado).*

¡Vaya un gusto! ¡bien podia  
Haber echado otra cosa!

—  
El viento que há dos horas furibundo,  
Horrisono, zumbando levantóse,  
Ora callado y blando en lo profundo  
De su umbría caverna sumergióse.

Las nubes que á su impulso arrebátadas  
En tropel por la atmósfera rodaron,  
Hora en masa vastísima ayuntadas  
Las bóvedas del cielo entinieblaron.

Y la brillante magestuosa luna,  
Y toda su cohorte peregrina,  
Escondieron su luz inoportuna  
Só el vuelo de tan lúgubre cortina.

Por una estrecha y larga callejuela  
Que á varios huertos dá, sube una sombra

Pisando con finísima cautela  
Donde al suelo el verdía dá mas alfombra.



Y cuando que ha llegado, justamente  
Al punto suspirado reconoce,  
Vibrando clara y sonorosamente  
La campana anunció que eran las doce.

¡Oh! las doce, Millan; las doce; alerta!  
Ni un momento perder hora es preciso,  
Venturoso garzon, cuando la puerta  
Abierta te vá á ser de un paraíso.

De un paraíso, sí; que en esa estancia  
De que aun conservas cariñosa idea,  
De mil flores la célica fragancia  
En alas de los céfiros se orea.

Ellas te brindarán con sus aromas,  
Con su halago arroyuelos bullidores,  
Con sus tiernos arrullos las palomas,  
Con sus trinos de amor los ruseñores.

Y una Eva angelical sin la que pobre  
Erial fuera el jardin, verás cual ase  
Tu mano, y dulce y halagüeña sobre  
Muelle césped contigo sentaráse.

Y tan leve su mano y seductora  
De la tuya só la áspera dureza  
Será, cual perla que escondida mora  
De una concha en la rústica corteza.

Y ambos á dos los ojos levantando  
A otro Edén mas hermoso y mas durable,  
Ante él amor os jurareis llorando  
Ardiente, apasionado, interminable.

Y... pero ojo avizór... que ya rechina  
Sobre sus goznes la bendita puerta,  
Y Millan agitado se avecina,  
Y... «¡bien mio!» exclamó viéndola abierta.

«¡Bien suyo!» murmuró con tono raro  
En ella un embozado apareciendo:  
«¿Quién vá ahí?» con muchísimo descaro  
En tono de amenaza reponiendo.

Millan dá un paso atrás, sobrecojido:  
Que vá sin armas súbito comprende:  
Y se lanza bríoso, enfurecido,  
A estrujar en sus brazos aquel duende.

Y el duende en tanto por lo bajo ruge,  
Y se agarra á Millan con fiero anhelo;

Y ambos á un brusco vigoroso empuje  
Rodaron cual cilindro por el suelo.

No era manco el incógnito tampoco  
Y fué, por tanto, la refriega dura;  
¡Ah! pero el buen Millán estaba loco,  
Loco de celos que es doble locura.

Por eso el ardimiento le crecía  
Ansiando conocer al duende; pero  
Jamás le habia visto; y parecia  
Ser un jóven apuesto caballero.

Mas... ¿cómo en tanto rato no mascaba  
Por desáhogo un ¡juro á Dios! siquiera?  
¿Por qué el labio inferior tal recataba  
Bien como si comérselo quisiera?

Desesperando, pues, de conocerle,  
Ya por inspiracion ó ruin denuedo,  
Fiero pugnó la diestra hasta cogerle,  
Y entre sus dientes estrujóle un dedo.

«¡Infierno!» gritó aquel, «ya no hay remedio.»  
Y en tanto que el mancebo distinguía  
La negra cicatriz que por en medio  
De su labio inferior paso se abría,

Preparó como pudo una pistola.  
De lado á duras penas inclinóse,  
De Millan en el pecho disparóla  
Y raudo de sus brazos escapóse.

—  
Al otro dia escribió  
El alcalde de la aldea  
Al señor juez del partido  
Lo que en seguida se inserta :  
«Anoche á las doce en punto  
Oyóse un tiro muy cerca  
De la poblacion; y ansiando  
Saber lo que aquello era,  
Me dirigí prontamente  
Hácia una estrecha calleja  
Que es al N. de este pueblo  
De varios huertos vereda.  
Alli, la razon perdida,  
La faz cárdena y sangrienta  
Yacía Millan Andrés,  
Hijo de María Cuesta  
Viuda pobre de este pueblo :  
Mandé se le condujera  
A su casa, y al bajarnos  
A ponerlo en parihuelas,  
Vimos ajada á su lado,

Una cajita, y abriéndola,  
Por si revelaba cosas  
Que el herido no pudiera,  
Encontré que hasta su borde  
Estaba llena de perlas.

Lo que comunico á V. S.  
Como cumple á mi incumbencia,  
Entre tanto que se instruyen  
Las diligencias primeras.»

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



---

## PARTE SEGUNDA.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### La galta y el tamboril.

Cinco días cabales trascurrieron  
Desde el de Santa Cruz, y ya á la vispera  
De otra fiesta mejor hemos llegado.  
¿Quieres, lectora, hacernos compañía?  
Si eres beata asistirás de fijo  
A una funcion de iglesia muy bonita;  
Si estudiaste poética y retórica  
Y eres docta entre doctas sabidillas,  
Te podrás distraer con la elocuencia  
De un notable orador de la Real villa  
Que desde allí ex-profeso á predicarnos

Viene por relaciones de familia ;  
Si abrigais pretensiones filarmónicas ,  
Calatayud nos presta su capilla ,  
Si te agradan los toros , tres tenemos  
Que embisten como diablos ; y si fijan  
Los bailes tu atención , yo haré que bailes  
Hasta no poder mas. No , empero , indigna  
Sociedad encontrar pienses ahora ;  
En tal festividad se arremolina  
A esta aldea , de pueblos y ciudades  
Tal enjambre de bellas señoritas ,  
Copia tanta de pollos relamidos ,  
Que es una bendición : con que , amiguita ,  
Dígnate ahora de honrar mi humilde pueblo  
Que no te ha de pesar de tu venida .

La fiesta de la virgen de los Mártires ,  
Es en todas sus fases muy distinta  
De la de Santa Cruz , allí los mozos  
Son los que nada más la solemnizan  
Pues en bajar del alto los mayores  
Todos se van á trabajar las viñas  
En esta se alborozan todo el pueblo ;  
Se guelga ya en la tarde de la víspera  
Y el día de la fiesta es una gloria  
Que se prolonga hasta el siguiente día .  
Allí todos los mozos son cofrades

Mientras esta hermandad tan distinguida  
Se compone no mas de treinta jefes  
De las treinta familias mas antiguas,  
Como á cierto ricacho le cupiera  
Ser este año prior (1), hay fidedignas  
Noticias de que vá á ser esta fiesta  
Proverbial entre fiestas concurridas.  
Próximamente son en esta hora  
Las cuatro de la tarde de la víspera  
Y hemos visto ya entrar varios ginetes  
Con damas á la grupa muy bonitas,  
Y criados fantásticos delante,  
Corriendo por supuesto á toda brida,  
Que eso de entrar atropellando gente  
Es necesidad que el uso legaliza;  
Nos hemos detenido ante cien tercios  
De garnacha, confites y rosquillas,  
Que acaban de parar en nuestra plaza;  
Hemos hecho una atenta cortesía  
Al orador sagrado que se apea  
En casa del prior; la gritería  
Que armaron los muchachos á la entrada  
Del Maestro del Sepulcro y su capilla  
Nos hiriera los tímpanos há poco  
Cual eco tronador de artillería:

---

(1) Prior entre nosotros es sinónimo de mayordomo.

Han invadido el pueblo por dó quiera,  
Mozas de saya corta pulidísimas  
Acompañadas de ásperos jayanes  
De gesto ingrato y de mirada oblicua,  
Cada uno con su manta, y con su porra  
De un lazo en la muñeca suspendida.  
Pero algo falta aún; la gente inquieta  
Con dizplicencia por dó quier se agita;  
Y si algun forastero nos pregunta,  
Con que vá á ser la fiesta muy linda?  
— «¡Quiá! no señor! — con énfasis decimos, —  
¡Como habia de haber cumplida dicha!  
— ¡Voto á! pues, hombre, ¿y eso?

— ¡El pobre Claudio  
Que no puede venir!

— Ya, ya; ¡por vida!  
Pero en esto un tambor suena un redoble  
Y frenéticos gritos de alegría  
Corresponden dó quier; rompe tocando  
La gaita unas angélicas folias...  
¡Gloria en el cielo á Dios! ¡mas no es posible...  
¡Si no puede ser esto; ¡si yacía  
Nuestro gozo en un pozo desde trajeo  
Un enviado la fatal noticia  
De que el pobre tio Claudio en un estado  
Tan triste y lastimoso se veia  
Que movia piedad; pues ni aun sacarle

Sus camaradas de su hogar podían,  
A fin de solazarle en la taberna  
Con unas preciosísimas sardinas!  
El día de la Cruz en cierta casa  
Una manta (1) cogió por despedida  
Y en castigo el Señor, de su pecado  
Un cólico envióle al otro día  
Que á poco no espichó; pues ¿cómo viene,  
Si sus piernas ayer se resistían  
A tenerle derecho? Sin embargo,  
Por allí asoma ya, descolorida  
Muy mucho aquella faz y demacrada  
Que cara de franchu!e parecía,  
Pero tocando tan preciosos trinos  
Que al mas agrio sultan, bailar harían;  
Y los chicos, los chicos, ¡qué contentos  
Dó quiera á su alrededor se arremolinan!  
¡Y los tíos, los tíos, ¡qué gozosos  
Le dan el parabien de su venida!  
— ¡Tio Claudio, ¿cómo vá?  
— Salú, ¿y ustedes?  
— Sin novedá tamién; ¡pus si dician  
Que no vendria usted! ¿y aquella manta  
Que se llevó de casa de Poquicas?  
— ¡Oh! la manta, señores, no la vuelvo.

---

(1) Manta, sinónimo de borrachera.

— Si diz que la volvió ya al otro dia;  
— ¡Mentira, y gorda! no; siempre la guardo;  
Y quiero con su tela aunque raida  
Hacerle unos calzones á una mona (1)  
Que he de cazar mañana á medio dia.  
— ¡Viva el tio Claudio!

— Pues, señor; yo estaba  
Mas aun para quedarme en mi camica  
Que para andar tocando el instrumento;  
Pero dige; — Señor, ¿quién perdería  
Una ocasion como esta? El prior tiene  
Un vino de veinte años que *elitiza*;  
¿Cuándo lo gustaré si esta se pasa?  
Anda, anda, Jusepon, por la pollina;  
Le dige á mi pardal; móntame en ella  
Que allí me he de curar; ¡oh! no hay botica  
Señores, como el cubo que ha empezado  
Esta tarde el prior; con dos goticas  
Que me he tirado al cuerpo hace un instante.  
Estoy ya lleno de salud y vida.  
Pero, señores, hasta luego; ahora  
Vamos á dar la vuelta;  
— ¡Viva, viva!  
¡Viva el tio Claudio. y la graciosa mona  
Que ha de cazar mañana á medio dia.

---

(1) Mona, sinónimo de manta.

---

## CAPÍTULO SEGUNDO.

### El baile de candel.

Con permiso de las niñas  
Que gastan blondas y gasas  
Me voy á un baile esta noche  
Dó solo jota se baila.  
¡Poder de Dios! ¡cuál retoza  
De puro gozo mi alma  
Oyendo en vivo *crescendo*,  
Segun me acerco á la zambra,  
El *riguirri* del guitarro,  
El *cham, cham*, de las guitarras,  
El *trin, trin*, de la bandurria,  
Y el *tun, tun*, de la sonaja!  
Adentro, adentro; aqui tengo

Yo gran franqueza; es la casa  
De aquella buena Teresa  
Que á D.<sup>a</sup> Cruz le dió vaya.

— ¡Deo-gracias!

— ¿Quién?

— Gente buena.

— Muy buenas noches:

— ¡Canalla!

¡Usted por aquí á estas horas!

— Ya lo ve usted, señora Ana:

¿No quiere usted divertirse?

— No señor: yo arrinconada

Aquí, á cuidar de la lumbre.

Las chicas, las chicas bailan

Ahora por todo el año.

-- Y hacen muy bien; ¿hay muchachas  
Forasteras?

— ¡Bah! sí hay muchas.

— ¿Guapas?

— Si señor, muy guapas.

— Pues, señora Ana, esta noche

No es noche para pasarla

Debajo la chimenea

Como un tonto haciendo rayas

En la ceniza, hasta luego.

Muchas y guapas, ¡caramba!

¡Bendito Dios Uno y Trino!  
¡Qué sala tan bien poblada!  
Siete diestros tañedores,  
Diez y ocho lindas muchachas,  
Catorce mozos bravíos  
De aquellos de porra y manta,  
Y esta mi humilde persona  
Que ahora es ya una de tantas.  
¡Cuarenta justos, señores!  
Cuarenta justos: ¡no es nada!  
¿Saben ustedes, amigos,  
Que si en los tiempos de marras  
Cuando Sodoma y Gomorra...  
Pero me voy de la parva,  
Y oigo la voz de los mozos  
Que al órden ahora me llaman.  
«¡Que baile el recién venido!»  
Con voces hórridas graznan.  
— No tengo gana, señores.  
— Pues aunque sea sin gana.  
— Ni sé tampoco.  
— Mentira.  
— ¿Me hace usté el favor? esclama  
Viniendo á mi la Teresa,  
La Teresita del alma,  
No como niña que ruega  
Sino cual reina que manda:

Y antes que yo la conteste  
Me coge con manos ambas  
Y me arrastra dulcemente  
Hasta el centro de la sala.  
En esto suena mas vivo  
El compás de las guitarras ;  
Cantan dos mozos á duo  
Una preciosa tonada,  
Y héme ya haciendo cabriolas  
Con mi pareja galana.

« ¡ Anda Teresa — la dicen  
A su amiga las muchachas : —  
« ¡ Que no te gane el Usía ! »  
— « Baile usted bien á esa dama,  
Señor pijaito (1), » me gritan  
Con voces avinatadas  
Los simpáticos jayanes ;  
Y en su emocion entusiasta,  
Con pies y manos y boca  
El tres por ocho me marcan.

Teresa es un torbellino :  
Ninguna mujer la iguala  
En esos bruscos arranques  
De pasion semi-selvática  
Que constituyen el mérito

---

(1) Pijaito, sinónimo de lechuguino.

Mas principal de esta danza.  
Ora como un argadillo  
Cien vueltas dá apresuradas,  
Ora su pié leve vuela  
En hechiceras mudanzas  
Y ora con gracia infinita  
Mil giros célicos traza,  
Mas nunca provocativa  
Y siempre púdica y casta;  
Que es este baile un espejo  
Que la alma altiva retrata  
De la mujer, que en mi tierra  
No es ni sirena ni esclava.

¿Qué hago yo en tanto? ¡oh, señores!  
Yo que tuve la desgracia  
De no conocer abuela,  
No estrañeis, no, que hora vaya  
A darme incienso aunque sea  
Con un cuerno, verbi-gracia.  
¿Sabeis que en estos momentos  
Merezco bien de la pátria,  
Porque en mangas de camisa,  
Desceñida la corbata  
Voy, como puedo, tratando  
De no quedarme á la zaga?  
«Dejarlos solos:» prorumpen!

Los mozos con vivas ansias :  
« Que se retiren al punto  
Todos los demás que bailan ; »  
Y en apoyo de esa idea ,  
Para ellos harto fundada ,  
Todos á un tiempo en el suelo  
Dan con sus porras herradas  
Con brio tal que parece  
Que se desploma la sala .

El campo al fin se despeja ;  
La música arrebatada  
Dobla el compás , y nosotros  
Cual si lleváramos alas  
En los pies , raudos volamos  
En perfecta concordancia  
Desde un extremo á otro extremo  
De tan espaciosa sala .

— « ¡ Bien por lo bueno ! » uno grita :  
— « ¡ Viva la sal ! » otro clama :  
— « ¡ Esa vuelta vale un duro ! »  
— « ¡ Poder de Dios , qué mudanza ! »  
— « ¡ Vamos á ver por quién queda ! »  
— « Nenguno é los dos es rana ! »

Y en fin , así dando saltos  
Nosotros , y ellos palmadas ,  
Seguimos un cuarto de hora ,

Un cuarto de hora que pasa,  
Señores, como un relámpago.

En esto ya sofocada  
Mi Teresita, se rinde,  
Me dá amorosa las gracias  
Y se retira á su asiento  
Mientras los mozos me aclaman,  
Me ofrecen el mejor puesto  
Y juran que soy la nata  
De los bailadores; ¿saben  
Ustedes que aunque infundada  
Aseveracion tan fútil  
Me suena grata en el alma  
Con el sonido hechicero  
De una campana de plata?  
¡Miseria humana! Tan propia  
Es al hombre esa liviana  
Satisfaccion que los ecos  
De los aplausos le cansan,  
Que al percibirlos alegre,  
A lo que menos se pára  
Es á inquirir si son justos,  
Ni á exáminar si las causas  
De donde nacieron, pueden  
Tener alguna impertancia.

---

---

CAPÍTULO TERCERO.

**La Virgen de los Mártires.**

«Las ciudades y las provincias, así las comarcas como las que caían lejos, festejaban esta nueva con regocijos, fuegos, i invenciones.

HISTORIA DE ESPAÑA, POR MARIANA. LIBRO XXV. CAPÍTULO XVIII.

«¡Granada, viva Granada  
Por Castilla y Aragon!»  
Tal nuestra patria adorada  
Clama al tomar posesion  
De esa sultana preciada.

Ya el estandarte Real  
Y el de Santiago glorioso

Con la cruz arzobispal  
Formando un grupo radioso  
En la torre principal.

Ya en ese centro, dó impía  
La muchedumbre loores  
Solo á Mahoma rednia,  
Hay himnos, glorias y honores  
Para el hijo de María.

Ya en tan hermoso recinto  
Cunde un eco que á do quiera  
Se estiende fuerte y distinto;  
« ¡Honras á Fernando V! »  
« ¡Vivas á Isabel I! »

¡Qué ovaciones, qué cantares  
Entre ardientes regocijos  
Alzan voces á millares  
En ciudades y cortijos,  
En aldeas y lugares!

¡Qué alborozada se agita  
Nuestra católica aldea,  
Y qué afanosa se emplea  
En la práctica bendita  
De una magnánima idea!

Oíd: mostrando en su faz  
Su dura pena sombría,  
Miraba un pastor un día,  
Entre las ruinas del Saz (1),  
Las del templo de María.

Cuando de pronto ante el brillo  
De un objeto palpitando,  
Verlo mas cerca anhelando,  
Se abalanzó el pastorcillo  
De vivo gozo temblando.

¡Oh incomparable ventura!  
Una imágen hermosísima  
Lanzaba de su faz pura  
Aquella luz preciosísima  
Nuncio de paz y dulzura.

Una imágen de María  
Entre las ruinas moraba,

---

(1) El Saz, pueblo que distaba media legua del nuestro, fué reducido á cenizas por los sarracenos, despues de haber pasado á cuchillo á sus moradores, cuyo valor no fué inferior acaso al de los héroes de Sagunto. El Saz habia tenido en singular veneracion, una hermosa imágen de María la cual fué despues hallada entre las ruinas, y hoy dia tiene erigido un hermoso templo en el mismo sitio.

Y un tierno niño tenía  
Que al que humilde le miraba  
Amoroso sonreía.

Rápido al suelo cayó;  
Breve plegaria sencilla  
Con voz turbada exaló,  
Y á publicar en la villa  
Tan grata nueva voló.

Cunde la voz al momento  
Por toda la poblacion  
Y todos con gran contento  
Se lanzan en direccion  
Del derruido monumento.

Llegan, y absorta la vista  
Ante la faz hechicera  
Que deslumbra y reverbera  
Cual si en el acto saliera  
De las manos del artista,

Y su beldad cotejando  
Con las formas peregrinas  
De la que el árabe infando  
Su templo hermoso incendiando  
Sepultára entre ruínas,

« ¡Es ella! » á una rompieron:  
Es la imágen adorada  
De los que aqui sucumbieron.  
Y ante su vista preciada  
En adoracion cayeron.

Tómanla en su ávido celo.  
Vuelven al pueblo con ella,  
Y las campanas á vuelo  
Nuncian la fúlgida estrella  
Que reverbera en el suelo.

Y alzar un templo sencillo  
Juran los fieles á coro,  
Donde aparéció su brillo,  
Desde el momento en que el moro  
Pierda su último castillo.

Véd por qué ahora se agita  
Esta católica aldea  
Y alborozada se emplea  
En la práctica bendita  
De tan magnánima idea.

Véd cómo al fin construido  
Queda el asilo sagrado  
Que á María á prometido,

Y védle ya inaugurado  
Con un festejo lucido.

Es el mes de los amores  
Y de placeres á miles  
Y de trovas y de flores  
Y en que eriales y pensiles  
Visten iguales colores.

Es mayo en fin, y es un día  
En que las nubes no velan  
Del astro rey la ufanía  
Y en que las auras consuelan  
Con su aliento de ambrosía.

Día en que todo vecino  
Viste de seda y de lino  
Las paredes de la calle,  
Engalanando el camino  
Que lleva al místico valle.

Ya las campanas al viento  
Dan su metal tronador,  
Ya fieles van ciento á ciento  
Himnos cantando en redor  
De tan divino portento.

Rompe la marcha una hermosa  
Roja bandera grandiosa  
Que al roce mágico ondea  
De una aura leve, amorosa,  
Que en sus pliegues juguetea.

De azul el fondo, y bordado  
Con hilo de oro radiante  
Sigue despues levantado  
Un estandarte flamante  
Que un devoto ha regalado.

Y entre una hilera infinita  
De á dos en fondo formada  
Brilla la imágen bendita  
Sobre una peña esquisita  
Al efecto preparada.

Todo el pueblo acompañando  
Vá aquella efigie tan bella:  
¡ Ah! todos no; que llorando  
Aun queda alguno el infando  
Dolor que amarra su huella.

¡ Pobres enfermos que escuchan  
De su amada la partida,  
Y con alma dolorida

Por asomarse hora luchan  
A darle la despedida!

« ¡ Adios! » con flébil acento  
Clama uno allí en la ventana;  
« ¡ Adios! » bendito portento;  
¡ Rosa de un valle sangriento;  
Lucero de la mañana! »

« ¡ Oh peregrina Doctora,  
Prorumpe acá otro afligido,  
Vuelve tu faz bienhechora  
Ya que de seguirte ahora  
Mi mal me tiene impedido. »

Llegó el momento. María  
Entró en su templo bendito,  
Y, cabe el mismo, aquel día  
Todo fué amor y alegría  
Y regocijo infinito.

Desde entonces al santuario,  
Dó eterna brilla esa Aurora,  
Vuela ufano el vecindario  
Siempre que suena la hora  
De tan grato aniversario.

Ornan entonces el recinto  
Sedas de gayos colores,  
Y en los pensiles mejores  
No hay mas variado y distinto  
Número hermoso de flores.

Blanca, gentil sobrevesta  
Llevan los siervos del cielo;  
Grato un concierto se apresta  
Y al resonar de la orquesta  
Tiembla de gozo aquel suelo.

Y el acto aquel religioso  
Se ennoblece comunmente  
Con un discurso precioso  
Debido al genio glorioso  
De un orador eminente.

Alli en sonora elegancia  
Narra con tonos severos  
La religiosa arrogancia  
De aquellos émulos fieros  
De Sagunto y de Numancia.

Ni en su preciada oracion  
Las altas gracias olvida  
Que obtiene esta poblacion

Por la rica intercesion  
De nuestra reina querida,

Ni afuera, finado el acto  
De la funcion religiosa,  
Falta algazara ruidosa  
Muy parecida á la prosa  
Que á continuacion redacto.

« ¡Hé! ya acabó, y ya era hora,  
El buen padre su leyenda,  
Y el hambre á mi me devora :  
¿Vamos á la fuente ahora  
A saludar la merienda? »

Asi grita un mozalvete  
Bigotudo y estirado,  
Que es de lo mas descarado,  
Y escapa con seis ó siete  
Que van diciendo « aprobado. »

« Chicas : Pepito y su gente,  
— Una señorita chilla —  
Se escurrieron de repente ;  
¿Vamos á ver si en la fuente  
Les pillamos la tortilla? »

Y tal idea aprobada:  
De pronto al pié de la ermita,  
Hácia la fuente bendita  
Se despliega una bandada  
De miriñaques de pita.

« ¡ Tio Claudio! vaya una gota  
De este resolí eligido  
Y nos tocará una jota  
Porque estoy comprometido  
A bailar con mi Marota.»

— « ¡ Venga Maroto! hoy se riega  
Para un mes el garganchon:  
Ya sabe esta poblacion  
Que Claudio nunca se niega  
A las cosas de razon.»

Y tañendo,  
Y bailando  
Y comiendo  
Y jugando,  
Y bebiendo  
Y burlando  
Y corriendo  
Y triscando,

Todo el que quiere acudir  
Pasa un rato el mas felice  
Que es posible describir  
Hasta que el párroco dice  
Que es hora ya de partir.

Entonces aquel enjambre  
De miriñaques (1) y pollos  
Que con tortillas y bollos  
Matára en la fuente el hambre,  
Arregla sus perifollos.

Y en bridones como fieras  
O en ricas mulas de paso  
Parten en raudas carreras  
Dando á desgracias acaso  
Lugar con tales quimeras.

En cambio á todo el que vá  
Y vuelve á pié con paciencia  
Concedido se le está  
Mes y medio de indulgencia  
Por cada paso que dá.

Y, ¡oh tiempo! ¡oh siglo! ¡qué fe!

---

(1) Perdónesenos esta metonimia.

Tan muerta! ¡oh diablo hechicero  
Comodidad! yo, yo sé  
Todo lo dicho, y prefiero  
Ir á caballo á ir á pié.

Y mas en esta mañana  
Que ávido vuelo y ufano  
Sobre mi perla, lozano  
Con la hourí mas soberana  
Del Edén bilbilitano.

Y... pero ya á escape fiero  
Todos han dado en romper  
Y yo ser menos no quiero.  
¡Hurra, pues! vamos á ver  
Quién llega al pueblo el primero.

## CAPÍTULO CUARTO.

### Los toros.

¡Oh nacional ardor! cien aureolas  
De rubias astas en la docta frente  
Coloquen del mancebo que balla solas  
En los chulos las glorias españolas,  
En los toros su fuerza prepotente.

CAROLINA CORONADO.

### A DICHA SEÑORA.

No sé qué es hoy, de tí, bella cantora,  
Gloria y orgullo de la pátria mia:  
Ignoro si tu cítara sonóra  
Lanza ayes angustiosos todavía,

Ø si feliz y venturosa ahóra,  
Ha espirado en tu labio la ironía,  
Máscara que á través de sus colores  
Rebelaba de tu alma los dolores.

¡ Ah! yo presumo por feliz que seas  
Que aun fatigan tal vez tu noble mente  
Las graves melancólicas ideas  
Que há quince años te herian rudamente:  
Aunque dorada tu existencia veas  
Por el sol de la dicha refulgente,  
España avanza poco en su carrera,  
España sigue casi como era.

Y todo ser cual tú, sensible y bueno  
Ante el mísero estado de sus lares  
Acepta como propio el mal ageno  
Y una su alma, padece por millares.  
Por eso acaso á la region del trueno  
Donde dá vida Dios á sus cantares  
En alas de su ardor vuela el poeta  
Y torna desde allí la vista inquieta.

Brilla en su frente inspiracion sagrada  
Y en amargo afanar cantando llora  
Los escombros de Emérita cuitada,  
La que opulenta fué, grande y señora;

Y gime con la esposa desolada  
Que cárdena y sangrienta en tierra mora,  
Gran trofeo que anuncia épicamente  
Las gloriosas azañas de un valiente (1).

«¡Paz!» grita desde allí con ánsia viva  
Al torpe globo sublimar, y á coro  
Oye doliente en algazara altiva  
Contestar la creacion, «¡oro y mas oro!»  
«¡Gloria dád cual la España primitiva,  
Españoles á Dios!» y su sonoro  
Acento cæe extinto entre mil voces  
Que «oro» siempre dó quier braman feroces.

Mas... ¿qué rumor entre algazara ardiente  
Y atronantes sin fin aclamaciones  
Sube de los rincones de Occidente  
Asordando las célicas regiones?  
¡Ay! es que en el ibero continente  
Dó existió la nacion de las naciones,  
La fama de inmortales caballeros  
Se trueca por la fama de toreros.

---

(1) Creo escusado advertir que esta octava y otras que siguen, son alusivas á las poesías de la misma señora á quien dedico este capítulo.

Baldon que el alma del hispano vate  
Impregna de amargura y sentimiento  
Y ya en agudo torcedor le abate,  
O ya le hace estallar con fiero acento.  
¿Ois? truena su voz; su voz combate  
Tan bárbaro placer, y sobre el viento  
La sombra evoca ya de Jovellanos  
Contra aquellos padrones castellanos

¡Oh vano declamar! su acento pío;  
Se pierde en tan horrible desconcierto  
Cual pudiera una gota de rocío  
En la arena abrasada del desierto;  
Sigue el pueblo en su ardiente desvarío  
Y el sabio que llevarle debe al puerto  
De la sana razón, tiene el menguado  
Por toda la estación palco abonado.

¿Y es ese solo el mal á que conduce  
Una afición tan noble y tan sencilla?  
Una plaza, en resúmen, donde luce  
Su destreza y valor una cuadrilla;  
Dó al toro bravucon la ira le induce  
A matar al que en pié sereno brilla,  
Contrastando la rabia de la fiera  
Con la calma gentil del que la espera:

Una plaza, por fin, donde se sabe  
Que el torero, merced á su destreza,  
Difícilmente por fracaso cabe  
Que pruebe de las astas la agudeza;  
Donde vuela á placer, como si un ave  
Le prestára su aérea ligereza,  
Y espumajos la fiera vomitando  
Rinde la vida al fin, pero lidiando;

Nos parece espectáculo sublime  
Digno de honor y prez, cuando la idea  
De una lidia de toros nos oprime  
En el pobre rincón de alguna aldea:  
Si hay quien un rato de placer estime  
Pasar en mi lugar, que venga y vea  
Los públicos cornudos regocijos  
Que damos hoy sus ilustrados hijos.

Verá á mas de un garzón de alto linaje  
Que á vigas enormísimas se abraza  
Ayudando á aprestar el maderaje  
Que cierre las entradas de la plaza.  
Y en el centro tomar franco ospedaje  
Un hueco entarimado que embaraza  
Al toro para herir los baladrones  
Que iránse á refugiar só los tablones.

Verá á mozos y viejos instalarse  
Con ruidosa algazara en la barrera  
Y con picas agudas prepararse  
Para pinchar á la animosa fiera;  
Y les verá gritar y alborozarse  
Cuando hácia ellos emprenda su carrera,  
Pues miden un espacio con la lanza  
A donde fiero el animal no alcanza.

Y verá algun trastuelo mozalvete  
Agitar dos rizadas banderillas,  
Correr por detrás de él como un cohete  
Y pincharle en la nalga ó las costillas;  
Y volver con aquellas, y del brete  
En que se halló, contando maravillas,  
Darlas á otro, que de un ardor blasona  
Que desmiente á placer su voz temblona.

Verá que trás dos horas de combate  
Herido el animal desde la barra,  
Sin poderse vengar, rabia y se abate  
Y en su sangre anegándose desbarra:  
La turba entonces con feroz dislate  
A vivo rejonear le despatarra  
Sucediendo al glorioso rejoneo  
Un bronco y apacible paloteo.

No le rematarán de una estocada ;  
Que ciertos paladares delicados,  
En la carne del toro apaleado  
Encuentran sabrosísimos bocados,  
Y hay padres que armarán su prole amada  
Con palos al efecto preparados  
Calmando el ¡ay! de su importuno lloro  
Con enseñarles á matar el toro.

Así tranquilo el ternezuelo infante  
La sangre ve correr cual la agua pura,  
Que aquel acto, á su instinto repugnante  
El papá se lo muestra honra segura.  
¡Viva la humanidad! ¡viva el talante  
Con que el niño sus glorias inaugura,  
Y vivan á la vez su jóven saña,  
Y las lidias de toros en España!

¡Oh tú, divina flor, qué en la ribera  
Del Guadiana, gentil como tú sola,  
Al brillo de alborada placentera  
Desplegasté tu límpida corola ;  
¡Oh tú, cuyo perfume trascendiera  
A toda la península española,  
Y hollando mares, y cruzando montes  
Embriagó los opuestos horizontes ;

Ángel de amor, cuyo doliente labio  
Derrama inestimable sentimiento  
Y en dulce erudición demuestra sabio  
La viva amenidad de tu talento:  
Tú de quien nunca tomarán á agravio  
El noble censurar; truenas un momento,  
Y lanza rayos de terrible lumbre  
Contra esa ruda y bárbará costumbre.

Yo, mísero de mi, soy ronco bardo  
Que gimo por mi pátria, y su desdoro,  
Pues cada uso ruín me clava un dardo  
Y á su aguda impresion cantando lloro:  
Mas solo burlas y desprecio aguardo  
En pago de clamar por el decoro  
De esta pátria infeliz que fuera un día  
La cuna del honor y la hidalguía.

---

---

## CAPÍTULO QUINTO.

### **El baile de la hoguera.**

Son las nueve de la noche:  
En el centro de la plaza  
Una vastísima hoguera  
Su vuelo al cielo levanta.  
En derredor cien parejas  
Al compás de la dulzaina  
Sudan bailando ese baile  
Que es de los bailes la nata.  
Por fuera hay círculos varios  
Donde se bebe y se charla,  
Donde se gastan mil bromas  
Que nadie tal vez aguanta

Sino en la noche presente  
Dó todo tórnase á cháchara.

Son las nueve de la noche.  
Mis huéspedas convidadas  
Están á ver el bullicio  
Desde un baleon de la plaza.  
Como todas son bonitas  
Y modelos de elegancia  
Las acompaño á tal punto  
Entre vítores y salvas,  
Que recibo satisfecho  
Como aquel asno de marras:  
Sus galanes prefirieron  
Quedarse en casa á tallarlas,  
Y me despacharon solo  
Con ellas, hénos ya en casa  
Del que se dignó invitarnos  
A ver la hoguera y la danza.  
Aquí entre media docena  
De desconocidas caras  
La de Patrocinio encuentro  
Bella, sí, pero ¡ay! muy pálida.  
Ha venido hace un instante  
Del mismo modo invitada  
Acompañando á las niñas  
Que se hospedan en su casa.

Solamente al mayordomo  
Han traído en su compañía,  
Que á D. Luis ahora le arrestan  
Huéspedes de alta prosápia  
Que sobre mesa han quedado  
Fumando con harta calma.

— Despues del — ¿Cómo está usted?

— Bien, gracias; ¿y usted?

— Bien, gracias; \*

Despues, en fin, de estas cosas,  
Vánse al balcon las madamas,  
A ver bailar á los tios  
Mientras la ama de la casa,  
Que es una jóven bonita,  
Íntima plática entabla  
Aparte con Patrocinio  
Pretestando que las cansa  
A las dos la algarabía  
Que mueven los de la plaza.  
El mayordomo escapóse  
A mezclarse entre la zambra,  
Que él es vulgar y entre el vulgo  
Es donde más ancho se halla.  
Las del balcon entre tanto  
Como soy de confianza,  
Me hacen colocar en medio.

Y, aunque no me desagrada  
Departir con tales niñas,  
Hasta la última palabra  
Oigo de las que pronuncian  
Las otras dos en voz baja.  
Es indiscreción, lo veo,  
Contaros lo que ellas hablan,  
Mas, como dijo un pagano,  
Asi los hados lo mandan.

---

## DIÁLOGO.

**Patrocinio. Rita.**

*Rita.* ¡Está usted, señorita,  
Tan pálida y tan triste! usted padece.  
*Patro.* ¡Oh! ya te he dicho, Rita,  
Que no me des jamas tal tratamiento,  
Que lo olvidas parece  
Y por mi fé lo siento.

*Rita.* Pero si el rango...

*Patro.* El rango: ¡ha! cuántos días  
Me traerá de dolor!

*Rita.* ¿Si? pues ¿qué pasa?

*Patro.* Yo te lo contaré, que ya á tu casa  
Acompañé las hospedadas mías  
Aprovechando una ocasion tan buena  
De darte á conocer mi amarga pena.  
¿Sabes que amo á Millan?

*Rita.* Será posible?

*Patro.* ¡Tan posible como es!

*Rita.* Adivinélo.

*Patro.* Mas... dime, por el cielo;  
¿Sabes tú si la herida es tan terrible  
Como suponen?

*Rita.* No, la herida es leve:

*Patro.* ¿De veras?

*Rita.* Sí; de veras:

Hace un rato muy breve  
Que le he visto.

*Patro.* ¡Le has visto! ¿y le has hablado?

*Rita.* Tambien.

*Patro.* Y ¿qué decia?

*Rita.* Habla poco, por cierto; está postrado.  
El que no le conozca, cobardía  
Juzgará la fatal melancolía  
Que en sus lánguidos ojos se retrata,

Aquí, para las dos hablando en plata,  
La herida de su pecho es poca cosa.  
La herida que le acosa  
Es la que hizo en su espíritu la idea,  
De que pagado en odio su amor sea  
Y trocada en baidon su honra preciosa.

*Patro.* ¿Cómo?

*Rita.* Perdone usted; usted acaso  
Lo entenderá mejor.

*Patro.* ¿Tu le has oído  
Alguna exclamacion que tal revele?

*Rita.* A él no: jamás se duele  
Su madre, refiriéndose al fracaso,  
Decirme á veces al oido suele,  
«Pues señor, se lo habia prevenido;  
No quiso hacerme caso.»

*Patro.* ¿Y ella le trata mal?

*Rita.* ¡Oh! nada de eso:  
Fuera de unos arranques tan estraños,  
Iijos del genio altivo y poco seso,  
Vicio, en verdad, impropio de sus años  
Pero al que ya no puede sustraerse,  
Es imposible que mejor proceda  
La madre mas solícita que pueda  
Cualquiera suponerse.  
Eso sí, tiene un genio... ayer mañana  
Fueron allí el alcalde, el escribano,

Y dos testigos mas: ¡Dios soberano!

La desdichada anciana

Cuando se vió entre aquella compañía...

*Patro.* ¡Y sabes el objeto con que fueron?

*Rita.* A hacerle declarar; alli le hicieron

Infinitas preguntas sobre el lance

De que habla en la ocasion tanto la gente,

Pero él solo les dijo que subia

Recto á tapan la balsa de la fuente

Cuando de pronto le ocurrio el percance,

Y que ya nada mas decir podia.

*Patro.* Pero ¿y tu por el pueblo que has oido?

¡Ah! dime, amiga, dime

Cuánto sepas que tenga referencia

Con ese lance en que el honor herido

Quizá está de Millan mas que su pecho.

*Rita.* Asi pasa tal vez; el pobre gime

No tanto por su física dolencia,

Pues la bala, en conciencia,

Bien poco mal le ha hecho,

Cuanto porque ha sabido,

Que el eco de la aldea le condena,

Supuesto que él jamás tuvo una alhaja,

Por raptor de las joyas de la caja

Que pareció á su lado entre la arena.

*Patro.* ¡Y ha podido cundir voz tan maldita?

¿Y piensas tu tambien de esa manera?

*Rita.* Si por un vil ratero le tuviera,  
¿Piensa usted que pasára, señorita,  
Con la frecuencia que á su casa paso?  
Nunca le tuve, no; mas ya del caso  
Algo mas enterada  
Con saber que hay amorés de por medio  
Encuentro á mi inquietud fijo remedio  
Y quedo en punto tal tranquilizada.

*Patro.* ¿Y ha podido pensar asi la aldea?

*Rita.* Ni tan solo un amigo,  
Como están todos fijos en la idea  
De su deshonra, visitarle quiere.  
Uno por uno á todos donde quiera  
Les oirá usted decir; «que se sincere  
Y que cuente conmigo:»  
Y él para mi sin sincerarse muere.

*Patro.* ¿Sabe que piensan de él de esa manera?

*Rita.* Lo sabe, si señora.

*Patro.* ¿Y en nada se sincera?

*Rita.* Nada que sepa yo dijo hasta ahora.

*Patro.* ¡Dios mio! ¡si pudiera  
Yo hablarle...

*Rita.* ¿Quiere usted? pues entretanto  
Que están en el balcon las señoritas  
Vámonos, sin que noten nuestra ausencia.

*Patro.* ¡Ah! no, querida, no; si solo el cielo  
Pudiera de tal paso apercibirse,

Lo diera sin recelo  
Porque el cielo conoce mi pureza ;  
Pero si voy y llega á referirse  
Mi aventura en un pueblo tan chismoso  
¡ Oh ! cómo charlarán de mi flaqueza  
Diciendo en tono hipócrita piadoso  
« ; Esa niña ha perdido la cabeza ! »  
A bien que mas perdida  
Ya no la he de tener en tiempo alguno ,  
Pues ahora embrutecida  
El alma por su estúpido egoismo  
Ni un punto dá de abnegacion , ni uno  
En cambio de cien horas de heroismo .

*Rita.* Pero , si nadie lo sabrá ; la puerta  
De mi corral , enfrente  
Está á la casa de Millan ; si abierta  
La de Millan hallamos  
Como que entro yo allí tan francamente  
Y en union tan recíproca tratamos ,  
Sin que nadie del mundo se aperciba  
Le prometo yo á usted ponerla arriba .

*Patro.* ¿ Y su madre , y su madre ?

*Rita.* Justamente

Cuando yo poco há de allí salía  
Junto al hogar dormía  
Y asi continuará probablemente .  
De manera que todo nos convida :

La puerta, á no dudar, está entreabierta,  
De la de mi corral se vá en un paso:  
Esploro el campo yo primeramente,  
Pasa usted en seguida  
Y quedo yo de centinela alerta.

*Patro.* ¡Oh! vamos, pues, allá: si al fin me increpa  
El mundo por mi falta de decoro  
Que otro baldon mayor jamás se sepa  
Y aceptaré mi cruz como un tesoro.

Las niñas se escurrieron  
Por la escalera  
Y yo á fuér de curioso  
Bien las siguiera,  
Pero quizá en mi ausencia  
Trás de la suya  
Algun torpe conato  
Se me atribuya.

Ea, pues; á estas otras  
Niñas oigamos  
Y ocultemos la falta  
Cuanto podamos.

*Una señorita* Pero esos tios bailan  
A troche moche.

*Yo.* ¡Oh! no hay noche para ellos  
Como esta noche.

*Otra.* Diga usted ; ¿y esos raros  
Vivas que siento?  
¿Nos amaga algu rudo  
Pronunciamiento?  
¿No escucha usted en medio  
Del alboroto  
Cómo gritan los tios  
« Viva Maroto? »

*Yo.* ¡Ah! el Maroto á esta fecha  
Tan aplaudido  
Es un peon de azada  
Muy divertido.  
Con seis hijos que caben  
Bajo una cesta ,  
Y sin hogar ni campo ,  
Nadie en la fiesta  
Como él por noche y dia  
Sigue la broma .  
Ni tan activa parte  
Dó quiera toma .  
¿Vé uste allí un hombre grande,  
Desmesurado ,  
Que un catalan ostenta  
Gorro encarnado?  
¿Aquel que holgado y horro  
Como en estío ,  
Baila junto al gaitero

Con tanto brio?  
¿A quien ahora quitan  
Su compañera  
Y él quita á otro la suya  
De igual manera?  
Pues aquel es Maroto  
Cuya alegría  
Un enigma parece  
¡Por vida mia!  
Su crónico alimento  
Son guijas (1) duras:  
Por no haber para aceite  
Se acuesta á oscuras;  
Pero si por el déficit  
Del presupuesto  
A los bailes un dia  
Cargan impuesto,  
Maroto, segun cálculo  
De inteligentes,  
Será de los primeros  
Contribuyentes.  
Por eso ahora en medio  
Del alboroto  
Gritan todos á una  
«Viya Maroto.»

---

(1) Almortas.

Además tiene títulos  
Muy soberanos  
Al aprecio de todos  
Los aldeanos.  
Asta es su brazo en donde  
Fúlgido ondea  
El pabellon glorioso  
De nuestra aldea.  
De cuantos forasteros  
Aquí han venido  
Y con él competencias  
Han sostenido,  
Nadie á tirar la barra,  
Ni á cargar peso,  
Ni á pegar garrotazos  
Llevóle esceso.  
Y como une á estas dotes  
La de prudente,  
Tiene entre mis paisanos  
Tal ascendiente  
Que por lo mismo en medio  
Del alboroto,  
Gritan todos á una  
« Viva Maroto. »

*Otra señorita* Tengo frio, señores:  
Pase y me siento.

*Otra.* ¿Y nuestra Partrocinio?

- Yo. No hace un momento  
Que estaba ahí con su amiga.
- Otra. ¿Donde habrán ido?
- Otra. (*La menos humilde de todas*).  
Señores; tengo el cuerpo  
Tan aterido...  
Mire usted; yo no entiendo (*Hablando*  
Fisiología, *conmigo*).  
Pero usted es gran músico;  
Lo juraría.
- Yo. (*Bendita sea tu lengua*):  
Quiá; no señora;
- Ella. ¡Vaya! no interesante  
Se haga usted ahora.  
Aquí hay una guitarra:  
De ella me valgo:  
Si usted quisiera en ella  
Tocarnos algo...
- Yo. ¿Y galanes?
- Ella. ¡Ni falta  
Que hacen! Nosotras  
Podemos arreglarnos  
Unas con otras.
- Yo. Mejor será mas tarde  
Con buena orquesta...
- Ella. (*¡Vaya que tiene el mozo*  
Dura la testa!)

Bien: le diré á mi frío

Mientras me hielo

Que se aguarde, y mas tarde

Despedirélo.

Yo. ¿Y qué toco yo ahora, (*Tomandó la guitarra con embarazo*).

Si aunque discurra...

Ella. Nada, nada; usted toque

Lo que le ocurra.

Yo. ¿Le gusta á usted la jota?

Ella. ¿La jota? Mucho.

¿Tambien para cantarla

Será usted ducho?

Yo. Ps...! bien ó mal se canta.

Ella. Pues al momento:

Amigas mias: nada

De cumplimiento.

Seis á seis somos justas.

Si es del agrado

De ustedes,

Todas. Si, si, todas:

Muy bien pensado.

(*Templada ya la guitarra principio á rasgucarla como puedo; se ponen al frente las seis parejas y rompen el baile con la siguiente cancion.*)

« La alma mia enamorada  
Guarda su pasion leal  
Para una niña preciada  
Que tiene ojos de cristal  
Y cabellera dorada.»

*(Sigo rasgueando la guitarra unos diez minutos y empiezo la segunda cancion).*

« Negro cabello luciente,  
Labios de carmin y de oro  
Y ojos que matan de frente,  
Ornan la faz trasparente  
De la morena que adoro.»

*(Pasa igual rato del mismo modo hasta la tercera).*

« Era á empresas amorosas,  
Era yo un púber estraño,  
Cuando una hermosa entre hermosas  
Me prendió en sus deliciosas  
Redes de pelo castaño.»

*(Cesa el baile).*

*La consabida* Gracias. Es usted un jóven  
Muy divertido;  
Ni bonus, bona, bonum,  
Dá mas surtido.

Rubio, negro, castaño,  
Todo le agrada;  
A todo dá en su gusto  
Plácida entrada.

*Yo.* Permita usted, amiga,  
Que la replique  
Y haga porque en su juicio  
Se rectifique.

Trovas dá para ciento  
Mi alma española,  
Pero amor, señorita,  
Para una sola.

(*Entra Rita corriendo*).

*Rita.* ¡Dios mio, qué desgracia!

*Todas.* ¡Ay! ¿qué ha pasado?

*Rita.* Que D.<sup>a</sup> Patrocinio  
Se ha desmayado.

*Una.* ¡Jesús! ¿y está ahí fuera?

*Rita.* ¡Ah! no señora;

Ya la llevan dos hombres  
A casa ahora.

*Otra.* Pues entonces, amigas,  
Nos marcharemos.

*Todas.* Si, si, todas á una  
Salir podemos.

Lector; doy este día  
Por concluido  
Sin poder referirte  
Lo acaecido  
Respecto á nuestra ninfa;  
Pero si husméo  
Algo, y tu de enterarte  
Tienes deseo,  
Yo te lo contaré antes  
De una semana;  
Con que, abúr; buenas noches  
Y hasta mañana.

---

## CAPÍTULO SESTO.

---

### La entrevista.

Era la hora en que yo tan placentero  
En el balcon sabido departia  
Con la niña gentil que esplicaciones  
De aquel «viva Maroto» me pedia.  
Con rostro hurraño y fiero  
Millan, y tormentosas emociones  
En su lecho infeliz se convelia  
Su mente revolviendo,  
Cómo un ángel llamado Patrocinio  
En símbolo de horror y de esterminio  
Se pudiera tornar; y discurriendo  
Y coordinando ideas se decia;  
«Si en darme franco paso convenia,

•¿Por qué no solo me negó la entrada,  
•Sino que á otro rival...• y su agitada  
Respiracion, su frente  
Plegada y sudorosa,  
Sus labios que mordidos vivamente  
Lanzaban con temblor sangre espumosa,  
Y aquellos ojos garzos que radiantes  
Saltarse de las órbitas querian,  
O llorosos y lánguidos se hundian,  
Revelaban muy bien que á su honda pena  
Hay pocas en el mundo semejantes.  
¡Oh! ya sabia yo antes,  
Señores, que el amor es cosa buena.

En tanto una mujer, la buena Rita,  
Condolida en el alma  
De la perdida calma  
De Millan y la pobre señorita,  
Llegando al pié del lecho,  
•Oye, Millan:• le dijo;  
•Prepárate que llega una visita;  
•Y ¡qué visita! hijo:  
•Ojo, Millan: el tiempo es muy precioso:  
•Abajo yo me quedaré en acecho;  
•Si hubiere novedad yo noticioso  
•Te haré, tirando á la ventana un canto. •  
Fina, y se vá entretanto.

Que en profundo estupór Millan sumido,  
Aunque intentarlo quiera,  
No puede descifrar lo referido.

Lánguido como flor de primavera  
Cuyos tempranos pétalos hiriera  
Inesperado hielo  
Y convirtiera al suelo  
Su cándida corola,  
Pero bella también como ella sola,  
Imágen celestial del sentimiento,  
Trémula de rubor como una niña  
Que á hurtadillas dá á un pobre el alimento  
Recelando por tal procedimiento  
Que su madre crüel, fiera la riña,  
Nuestra heroína entró: Millan, tributo  
Dando á su noble amor, de pronto siente  
Llenar su corazón una ánsia ardiente  
De ochenta pulsaciones por minuto;  
Mas cediendo al torrente de la idea  
Que há poco desbordárase en su mente,  
Y el febril entusiasmo  
Convertido en satánico sarcasmo,  
La dijo con sardónica dulzura;  
«¿A qué viene la perla de la aldea  
A oscurecerse en choza tan mezquina?  
¿Viene usted, señorita, por ventura,

A gozarse en su obra peregrina?  
— ¡Oh qué horas tan terribles de amargura  
Debes pasar, Millan, cuando ese modo...!»  
Y dos preciosas lágrimas corrieron  
Por su incolóra faz, mas ya serena  
«No atropellé por todo  
— Sus labios añadieron —  
Con solo al fin de desahogar mi pena.»

—  
Millan hablar queria  
Mas la niña atajóle de esta suerte.  
«He sabido, Millan, hace un momento  
» Tu noble abnegacion, y hasta la muerte  
» Impresa guardaré en el alma mia  
» La memoria de tal procedimiento ;  
» ¡ Por la virgen María !  
» Sigue, noble Millan, sigue negando :  
» Quiero decir; la consabida caja  
» No importa que publiques  
» De donde vino á tí; y ese que ultraja,  
» Ruin vulgo, tu nobleza,  
» Que se cebe en mi torpe ligereza :  
» Mas nada ¡ por favor! hables ni indiques  
» De todo lo demás, y ese heroismo  
» Si algo vale mi amor...  
— O estoy soñando,  
(Respondióla Millan); ó á un tiempo mismo

Los dichos y los hechos concordancia  
Tal tienen con el Órgano de Móstoles.  
¡Oh! ¡por los doce apóstoles!  
Decidme, señorita;  
¿Quién fué aquel bello tipo de elegancia-  
O aquel ángel, mas bien, sin aureóla,  
Que armado de pistola  
Rondaba en el moderno paraíso?  
Porque quisiera hacerle una visita  
Y darle un noble aviso.  
—¡Está loco, Señor! ¡Ah! yo pudiera  
El crimen consumir que ahor me imputa...  
Me juzga una mujer aventurera,  
Acaso una voluble..... prostituta.»

Tal la niña infeliz con sordo acento  
Dijo, y sobre un asiento  
Que había junto al lecho desplomóse,  
Millan incorporóse  
Y exánime la vió; pronto arrancóse  
La toca que la frente le abrigaba  
Y en tanto que con aire procuraba  
Volverla el respirar, en cien denuestos  
Furioso contra sí se desataba.  
«¡Soy el demonio del furor! ¿Son estos  
Los consuelos de amor y de esperanza  
Que á dar viene y pedir un ángel puro?»

¡Porque ella es inocente!  
Y yo, ángel de mi amor, yo con la lanza  
De mi sarcasmo impuro,  
Punzar osé tu corazón doliente,  
Tu hermoso corazón que no respira.  
¡Oh! vuelve, pobre tórtola, al alevé  
Que te hirió su quietud, ó pongo en breve  
Fin á mi aliento vil que horror me inspira.»

Patrocinio seguía desmayada;  
Millan hacía la aire con su toca  
Y no obtenía nada:  
Su contraída boca  
Quiso un grito lanzar y siguió muda:  
Millan pensó la ayuda  
De su madre implorar, pero « ¡quién sabe  
»(Meditó) el *estropicio* (1)  
»Que puede armar aquí, si en guerra cruda  
»Con ella siempre estoy desde la llave  
»Del secreto posee; si sañuda  
»Me vá agotando el juicio  
»Diciendo que ella ha de aclararlo todo  
»Ya que yo por mi honor volver no quiero!  
»¿Y acaso este fatídico período  
»Cómo terminará? ¡Dios verdadero!

---

(1) Provincialismo aragonés equivalente á *desór den*.

«Pero ya vuelve en sí; ¡gracias, Dios mío!

Y el buen Millan con afanar tan pío  
El nombre pronunció de su adorada  
Que ella los ojos lánguidos abriendo  
Y al osado Millan tímido viendo  
Y recordando su altivez pasada,  
«Gracias, — dijo — Millan; gracias ahora  
Que no me das ya el nombre de señora.»  
«¡Soy el hombre mas vil...!» éste repuso:  
Y á pedirla perdon se apercibia  
Cuando quedó confuso  
Al resonar en la ventana un canto  
Que álguien tirado desde abajo habia.  
Pronto se oyó rumor en la escalera,  
Y herida de vergüenza y de quebrantos  
Rompió la niña en lastimo llanto  
Y Millan murmurando un suerte feral  
De pronto la digera,  
«¡Oh! lánzate só el lecho;» y dicho y hecho  
Viendo que otro recurso no quedaba  
La triste niña se escondió só el lecho  
Y á poco un jóven en la estancia entraba.

— 211 —

---

Y el buen Millán con el nombre de su sobrino  
Que en los ojos de los señores  
CAPÍTULO SÉTIMO. 7

**Aclaraciones.**

Segun Rita afirmó, la tia Maria es amiga  
Al amor de la lumbre dormitaba:  
Mas del huésped los pasos rumorosos  
Llegaron á su oido, y, biliosos  
Acentos y bostezos exhalando,  
Se levantó volando  
A ver quién en el cuarto se metia  
De tan serena cortedad usando  
« ¡ Hombre, tu por aqui! ; cosa mas rara!  
» No sabes, Pablo, dijo,  
» Que es un ladron mi hijo  
» Y ni un amigo ya le dá la cara...? »

Alto garzon, de varonil belleza,  
Facciones aguileñas; arrogantes,  
Rapada hasta un extremo caprichoso  
La parte superior de la cabeza  
Y ornado el rostro colorado; hermeso,  
De dos rizos suavísimos; flotantes,  
Que ondulan por debajo de una toca  
Prendida con primor en la ancha frente,  
Cuyo plegado la memoria evoca  
Del mando del Islán en Occidente,  
Y la figura esbelta  
En ese traje nacional envuelta,  
Peculiar de Aragon, que á maravilla,  
Sienta al mozo de gruesa pantorrilla;  
De franco corazon, bravo y osado,  
Y de alta mente, en fin, en donde se halla  
Una clara razon que juzga y falla  
Con el propio criterio de un letrado;  
Tal ese jóven es por fuera y dentro,  
A quien la vieja allí salió al encuentro.  
— Confieso mi pecado  
(Pablo la contestó). Tambien yo iluso  
Como todos dudé; pero ante todo,  
¿Estás mejor, Millan?  
— Mas aliviado  
Me siento á mi pesar.  
— ¡Bah! de ese modo

De hacer largos preámbulos me escuso  
Y desembucho en el primer período.

Por la primera vez en todo el año  
Regar quise esta tarde mi forraje:  
Pues señor; voy allí, la acequia apaño,  
La limpio de hejarascas y follaje  
Y destapo la balsa de la fuente.  
Recordarás acaso  
Que mi arbollon está precisamente  
Dó la otra noche te ocurrió el fracaso:  
Tambien sabes que tiene tal pendiente  
Cual la garganta de cualquier molino  
Harinero; pues bien, en cuatro sorbos  
El arbollon tragó cuantos estorbos  
El paso embarazaban,  
Y entre ellos la agua á mi forraje vino  
Mis manos se aprestaban  
A limpiarle en la acequia la carrera  
Cuando veo, nadando, deslizarse  
En medio de la broza una cartera;  
Cartera de bolsillo  
De esas que solo usan los señores.  
Corria ella á ocultarse,  
Pero de pronto yo voy y la pillo.  
Ábrola sin parar y á los fulgores  
De la temprana luna

Entre varios papeles hallé una  
Carta con el siguiente (*Saca una carta y lee el  
Sobrescrito «Sr. D. Juan Abarca;» sobre*).  
Yo sabia que en toda esta comarca  
No habia un nombre así; mas de repente  
Me acordé que en Daroca el otro dia  
De un D. Juanito Abarca se decia  
Que poco tiempo hacia  
Que en la antigua ciudad fijó sus huellas,  
Y en sus no interrumpidos galanteos  
Era ya el mismo imán para las bellas  
Y el buho del terror para los feos.

Justamente cuando uno esto contaba  
El tal D. Juan llegaba  
Hacia nosotros, y observé en su labio  
Una honda cicatriz; era la rúbrica  
De un marido celoso:  
Mas ya no le pondrá otra el pobre esposo  
Porque el mocito de conducta lúbrica  
Diz que en el acto le plantó su sello  
Metiéndole la espada por el cuello:  
*Millan.* ¿Con que dices que el tal caballero  
Marcado el labio lleva?  
*Pablo.* Sí; mas oigan ustedes este escrito  
Hijo de una hija de Eva.

*(Despliega la carta y lee lo siguiente:)*

» Juanito de mi alma,  
» Está visto que aquí  
» Jamás podremos nuestros  
» Intentos conseguir.

» Amigos y parientes,  
» Ignoro con qué fin,  
» Contino tienen fija  
» La vista sobre mí.

» Por eso aquí mas tiempo  
» No quiero residir,  
» Y vóyme á mi villorrio  
» Que estoy mas suelta allí.

» Allí en divorcio tácito  
» Mil dias paso y mil  
» Aislada de mi esposo  
» Mas bruto que un mastin.

» Si me amas, como dices,  
» Allí puedes venir  
» Dó irá nuestro propósito  
» A término feliz.

» Lindante con la aldea.

» Al Norte hay una ruin

» Estrecha callejuela

» Con puerta á mi pensil.

» Si acudes á mi gusto

» Podriaste servir

» Del fiel criado que hora

» Con ésta envío á tí.

» Mi dicha está en tu mano:

» ¿Me harás, dime, feliz?

» Las once de la noche

» Será buena hora, di?

» Adios, á 3 de mayo:

» Acabo de escribir

» Y vóyme á mi villorrio

» Dejando el alma aquí.»

—

Aquí termina Pablo su lectura;

La vieja se apresura

A pedirle la firma de lo escrito;

Pero el escrito aquel firma no tiene:

Mas Pablo dice que le importa un pito

Que el nombre del autor suene ó no suene:

Jura que D.<sup>a</sup> Cruz es quien trazára

El anónimo aquel, y, cosa clara,  
Sentado este principio, harto evidente,  
Ya todo para Pablo está indagado.  
Millan y Patrocinio han transformado  
La amistad de la infancia en amor ciego:  
Y de ello se comprende desde luego,  
Como cosa corriente,  
Que desgraciadamente,  
Casualidad maldita,  
Llevó á Millan á presenciar la cita  
En que una infame adúltera pagaba  
Con perlas el amor de un libertino  
Que de paso en su lúbrico camino  
Una mina de joyas explotaba.

Momentos hay en nuestra triste vida  
En que el alma mas buena y mas cristiana,  
De amargos sinsabores afligida;  
Arde en fatal desesperacion insana.  
¡ Ah! si la Parca allí sobreviniera  
Pronta esgrimiendo su segur terrible,  
¡ Con qué gusto á sus golpes sonriera  
Quien de otro mundo en la mansion espera  
La paz hallar, que aquí ya no es posible!

¡ Pobre niña, infeliz, que así escuchaste  
Cómo á tu madre adúltera infamaban!

¿Qué pluma habrá que baste  
A pintar los dolores que asolaban  
Tu tierno corazon? ¡Oh, cuál sufrías  
Oyendo entre congojas y agonías  
Que tu madre á tu padre por un pillo  
Le robaba su honor y su bolsillo!  
Y acaso el primer cargo tu sabias,  
Mejor que nadie allí, que era fundado;  
Pero caer la imputacion severa  
Del segundo delito  
En la que el ser te diera  
Habiendo tu no mas la ocasion dado,  
Eso á tu corazon el peso era  
De una montaña inmensa de granito.

Millan que comprendia  
La horrible situacion del alma pía  
Que por su amor penaba de tal modo,  
Se esforzaba en probar que era un beodo  
Quien, cual su madre y Pablo, discurría.  
Redoblaban aquellos sus razones  
En la presunta adúltera ensañándose  
Cuando héte, al fin, que, cual quien ve visiones,  
Los tres á un mismo tiempo santiguándose,  
« ¡D. Luis! » estremecidos prorumpieron  
Y llenos de vergüenza enmudecieron.

En efecto: D. Luis aparecía  
En el umbral de la mansion aquella  
Mientras que nadie había  
Sentido el éco mudo de su huella.  
¿Lo había oído él todo? Era posible.  
Pablo al soslayo le miró un momento  
Y en su rostro admiró la mas terrible  
Espresion del humano sentimiento  
Cuando intenta ocultar un duelo ardiente  
Y pugna inutilmente.

—  
Todavía en su mano  
Pablo el fatal anónimo guardaba,  
Cuando con ronca voz que revelaba  
La intensidad de su dolor tirano,  
«¿Quieres dejarme ver, Pablo, esa carta?»  
Preguntóle D. Luis, y aquel con harta  
Presteza se la dió, y apenas vióla  
Y con aguda rapidéz leyóla,  
Gritó con el acento de un precito,  
«¡Cierto que es mi mujer la que la ha escrito!»  
«¡Ah! concluyamos de una vez!» esclama:  
«¿En dónde está esa dama?»  
Y rebramando de ira  
La carta á un lado tira,  
Y del cuarto en redor la vista gira.  
«¿No me quereis decir donde se oculta?»

Repite en su furor con voz tronante.

— «Pero ¿vos delirais? con suplicante

Voz la vieja objetó; porque, en resulta,

¿Qué dama ni ocho cuartos en mi casa

Se habia de esconder?

— Basta de enredo.

(Con mayor ansiedad D. Luis repone.)

— Basta, pues, digo yo, que eso ya pasa

De cosa de razón, y usted perdone

Si su lenguaje comprender no puedo.

— ¡Mi hija se esconde aquí!

— ¡Santa María!

Digo que está usted loco rematado.

— Y en esta habitacion la has ocultado.

— ¿Yo? míreme usted bien. ¿Tengo yo cara

De alcahueta, pardiéz? ¡Por vida mia

Que si otro de esta suerte me tratara

Los ojos con mis uñas le sacara!

— ¡Aun me lo negarás! exasperado

Clamó D. Luis; y alzando con premura

La pobre colgadura

Que los bastos pilares rodeaba.

De la cama sabida

Que el enfermo ocupaba,

Bajo el lecho agarró con ruda mano

Un cuerpo que allí exánime encontró

Y al centro de la estancia le arrastró.

La tia María un brinco sobrehumano  
Hacia la puerta dió,  
Y se lanzó intranquila  
A blandir el hisopo de una pila  
Bendita que tenia en su aposento;  
Con ademán violento  
Millan se incorporó, pronto á tirarse  
En socorro del dueño de su vida,  
Mas la mirada fiera  
De D. Luis, atajóle en su carrera;  
De D. Luis que cargando de repente  
Con la niña infeliz gritaba furo  
Bajando la escalera;  
«¡ Todos escupen hoy mi noble frente :  
Todos lo pagarán ; yo se les juro!»

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

---

## PARTE TERCERA.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

---

#### Proyecto de venganza.

Era la media noche; hondo silencio  
En la ancha casa de D. Luis reinaba.  
Sus numerosos huéspedes habían  
Cada cual retirádose á su estancia,  
Y extinta ya la luz, suave reposo  
Cada cual en su lecho disfrutaba.  
No empero el dueño así; que revolcándose

Rugiendo en un sillón con sordía rabia  
Parecía un precito sumergido  
Del fiero averno en las voraces llamas;  
O ya mudo de asombro y encubriéndose  
La dolorida faz con manos ambas,  
Palpábase á la vez dudando acaso  
Si era un sueño no mas infamia tanta.

Alzó la vista á la pared de enfrente  
Y vió el noble retrato de una anciana  
De grave continente, ojos severos,  
Recia constitucion, talla elevada:  
De una matrona, en fin, que sin respeto  
Era difícilísimo mirarla  
Máxime al que adornó las altas prendas  
Que en el mundo su espíritu adornaban.  
Y encarándose á ella y dirigiéndola  
Entre ahogados suspiros la palabra,  
Rompió, infeliz, en la siguiente apóstrofe  
Que mas aún exasperó su alma.

D. LUIS.

¡Ah! madre de mi amor, cuál se me acuerda  
Hora que no há lugar,  
El símil ¡ay! de que me hablaste cuerda  
Ya próxima á espirar!

« Amas á una mujer encopetada :  
¡ Ah ! ¿ qué prueba , hijo mio ,  
Haría una palmera trasplantada  
A nuestro clima frio ? »

Y yo te desoí ; la dí ligero  
Mi amor y mi tesoro :  
Rechazó por estúpido al primero ,  
Y reservóse el oro .

Y yo que en viva sed enagenado  
De amor por ella estaba ,  
Me ví luego á ocultárselo obligado  
Porque eso la irritaba .

Quince años há que el tálamo desierto . . .  
¡ Ah ! dulce madre mia !  
¡ Cómo ha tenido cumplimiento cierto  
Tu grave profecía !

¡ Maldito yo que sometido á un yugo .  
Indigno de todo hombre ,  
Le consentí dictar cuanto le plugo  
Con mengua de mi nombre !

« Esperaré — me dije ; — esa señora  
Con su impiedad sin tasa ,

Con su ruin corazon empaña ahóra  
El brillo de mi casa.»

«Es un genio despótico, insufrible;  
Pero... que guarde ileso  
El decoro á mi vida imprescindible  
Y aguantaré con eso.»

«Ella será para mí raza pía  
Lo que la negra nube  
Es para el sol á quien en triste dia  
Oscureciendo sube.»

«Se desvanecerá... pura y amante  
Trás su ominosa huella  
Surgirá Patrocinio rutilante  
Cual matinal estrella.»

«Y bajaré al sepulcro en dulce calma  
Rindiendo á Dios loöres  
Viendo que brilla en mi querida el alma  
De los Villaseñores.»

«Pendiente así no mas mi vida umbría  
De dos hilos estaba;  
El honor conyugal y la idalguía  
Que en mi hija vislumbraba.»

« Y el honor, me le roban de consuno  
Dos seres depravados  
Y soy, cual dicen los bufones, uno  
De los predestinados! »

« ¡ Y á aquella á quien creí restauradora  
De nuestra buena fama,  
En casa de un jayan la encuentro ahora  
Debajo de una cama! »

« ¿ Qué me resta que hacer, en tan preciosa  
Situacion colocado?  
Asesinar á mi querida esposa  
Y á su galanpreciado. »

« Porque lo que es la niña es evidente  
Que no se hará muy vieja...  
Ocupémonos, pues, únicamente  
De la gentil pareja. »

*( Se dirige á una cómoda y tomando una daga la  
esconde en su gaban ).*

« ¡ Sangre á mi ya con que la sed mitigue  
Que el corazon me irrita!  
¿ Mas seguiré los trámites que sigue  
La sociedad maldita? »

«¿Denunciaré á mi esposa— idolatrada—  
En forma competente  
Para escitar la hilaridad taimada.  
De la burlona gente?»

«¿Iré é ese calavera— bendecido—  
A proponerle un duelo;  
Un duelo donde acaso el ofendido.  
Por torpe rueda al suelo?»

«¡Lances de honor, como dó quiera os llama  
El mundo alucinado,  
Dó con frecuencia sálvase el que infama.  
Y muere el infamado!»

«No seré yo quien vuestros ritos siga  
Vengando mis ultrajes:  
Yo tomaré otra ley, aunque se diga  
Que es cosa de salvajes.»

«Yo empezaré en la dama ahora mismo  
Mi— bárbaro— destrozo;  
Y en breve ya la seguirá al abismo  
Su idolatrado mozo.»

«¿Qué me importa á mi ya de un mundo necio  
Que del varon paciente

Se mofa señalando con desprecio,  
Su — laureada — frente,

«Y contra el vengativo se desata  
En — santo — horror, y asienta  
Que es un salvaje quien matando trata  
Lavarse de su afrenta?»

«¡Oh! corrige y arregla, si te place,  
Tu juicio ¡oh mundo loco!  
Tu fallo — peregrino — en lo que á mi hace  
Me importa ya muy poco.»

«¡Logre yo al fin de mi venganza fiera  
Saciar la sed impía,  
Y juzgue de mis hechos como quiera,  
Tu gran filosofía!!»

—  
Dijo: y rabioso y frenético  
De su espaciosa mansion  
En cauteloso sigilo  
La vasta puerta entreabrió,  
Y á oscuras las escaleras  
bajando con precision,  
Se dirigió hácia el establo  
Donde el criado mayor  
Junto al caballo dormía.

— «Ramon:» dijo á media voz:

— «Señor:» repuso el criado:

— ¿Estás solo?

— Si señor.

— Escucha, pues: pon al punto

La silla y freno al trotón;

Le sacarás por la falsa,

Le llevarás á Lahóz,

Y apenas le hayas atado

Al tronco de aquel zarzon

Que hay en la finca de casa,

Tu que eres buen corredor,

Te volverás bien aprieta,

Ocuparás tu gergon

E ignorarás para siempre

Lo que esta noche pasó.

---

## CAPÍTULO SEGUNDO.

Tomó otra vez D. Luis las escaleras  
Y dirigió sus pasos á la cámara  
De D.<sup>a</sup> Cruz; pero al tocar la puerta  
Halló que estaba por detrás cerrada,  
Y cual lobo furioso que husmeando  
En derredor cómo podrá dar caza  
A la res que encerrada en un aprisco  
Escita mas y mas su hambrienta rabia,  
Volvió á bajar al patio y abrió presto  
La puerta que al jardin salida daba.  
La vista de aquel sitio donde acaso  
Aquel crimen fatal se consumára  
Que sobre el sol de su nobleza ilustre

Estampaba cruel tan negra mancha,  
Exasperó su espíritu en tal modo  
Que no puede espresarlo voz humana.

Con un vigor impropio de sus años  
Se abalanzó á una parra que trepaba  
Sostenida con ganchos de madera  
Hasta mitad de la pared de casa,  
Allá en cuya mitad los largos vástagos  
De la parra gentil se esparramaban  
Abrazando el torneado maderaje  
De un largo mirador que destacaba  
Su frente sobre el huerto delicioso.  
Estendiéndose á toda la fachada,  
Y formando su centro equidistante  
Un soberbio balcon. La noche opaca  
Estaba por demás. Nubes negruzcas  
En confuso tropél ráudas pasaban,  
Agitadas de un cierzo furibundo  
Que, dando en los maderos y las tablas  
Del vasto mirador, silbaba ronco  
Como ecos de serpientes irritadas.

No bien D. Luis al mirador subiera,  
Hácia el balcon aproximóse á gatas,  
Y se puso á mirar trás los caistales  
Que puestos del balcon en las ventanas  
Y abiertas estas por olvido acaso,  
Dejábanle observar lo que pasaba

En la mansion en donde entrar de pronto,  
Era todo el objeto de sus ansias;

Y al ver á D.<sup>a</sup> Cruz sobre una mesa  
Letras en un papel trazando rápida,  
Letras acaso que la historia horrible  
De su negro delito continuaban,  
Sin poder reprimirse un solo instante  
Pegó en el un cristal brusca puñada,  
Y haciéndole saltar en mil pedazos,  
De la brecha á favor ganó la estancia.

Al ruido del cristal alzó la vista  
Sobrecogida de temor la dama.

Aquella aparicion la heló la sangre;  
Quiso gritar, pero guardó apagada  
Su garganta la voz. En tanto el viento,  
Cual toro furibundo que á la plaza  
Blanco buscando, á su coraje ardiente  
Desde la puerta del toril se lanza,  
Ráudo pasando el agujero dicho  
La vela que arde en la mansion apaga,  
Y dando en los papeles de la mesa  
Por acá y acullá los desparrama.

Fué de la dama la intencion primera,  
Contemplándose ya menos turbada,  
Gritar «¡favor!» pero al sentir que el viento  
Un papel de interés le arrebatava,  
Trató primeramente de cogerlo.

Y así cual dos amigos que se allanan  
Unánimes á darse mútuo apoyo  
Para llevar á cabo el plan que trazan,  
Ella ocupóse de encender la vela  
Mientras el otro cerraba la ventana.

Cuando vió D.<sup>a</sup> Cruz el sitio donde  
El funesto papel se refugiára,  
Se arrojó con gran impetu á cogerlo  
Pero la asió D. Luis con furia bárbara  
Y apartándola brusco, hízose pronto  
Dueño de aquella prenda codiciada.

Quedó perpleja D.<sup>a</sup> Cruz dudando  
Si debía gritar; mas la esperanza  
De apoderarse aún de aquel escrito,  
La retrajo otra vez. D. Luis con ánsia  
Sobre la haz del papel tendió la vista,  
Y halló que era una carta que empezaba  
Igual á aquella que el lector conoce  
Con eso de «Juanito de mi alma;»  
Y entre uno y otro asalto que incansable  
Por quitarle el papel D.<sup>a</sup> Cruz daba,  
Fué leyendo D. Luis un largo cúmulo  
De pérfidas ideas y de infámias.  
Allí la ilustre adúltera decia  
A su «adorado seductor» lo vanas  
Que fueron sus pesquisas indagando  
Dónde cayó la malhadada carta

Que el torpe jóven no quemó, y consigo  
En la noche del lance la llevaba.

Allí esplicaba sus temores justos  
De que álguien del papel se apoderára,  
Y en silencio pensára en su ruína.  
Allí añadía que su hija en cama  
Yacía gravemente y quizá al cura  
Le diera en confesion-noticias claras  
De aquellos hechos de que fué testigo  
En la noche sabida. Allí cargaba  
Todo su esmero en inducir al jóven  
A fugarse con ella hácia la Francia  
Donde el tesoro de su esposo, vida  
Les habia de dar feliz y grata.

D. Luis no pudo más; mientras en la izquierda  
Aquel papel fatídico estrujaba,  
Llevó la diestra á su gaban, y pronto  
Desnuda en alto relumbró una daga.  
« ¡Favor! » clamó la adúltera lanzándose  
A la puerta; « ¡Favor! » repitió insana,  
Y soltando el papel D. Luis de pronto  
La agarró con la izquierda por la espalda.  
Blandió convulso el matador acero,  
Y ráudo traspasóle las entrañas.

Cayó muriendo D. Cruz al suelo  
Pues un rio de sangre rebosaba  
De aquella intensa herida por dó en breve

Rotos sus lazos escapóse el alma.

En tanto envaina el instrumento horribl  
D. Luis, abre el balcon, pone la planta  
En el sabido mirador, descuélgase  
Por la parra al jardin, abre la falsa,  
Y corriendo á dó atáronle el caballo  
Monta y al punto hácia Daroca escapa.

---

CAPÍTULO TERCERO.

---

**¡Mas sangre!**

¿Quién dirá la saña loca  
De D. Luis cuando montado  
Se vió en el bruto, y lanzado  
En ráudo escape á Daroca?

Camino mas desigual  
En menos tiempo corrido  
Ni pudo verlo un nacido,  
Ni cabe en lo natural.

Montes y ramblas dó quiera  
Cruzan. Tal camino y todo

Lo fué D. Luis de igual modo  
Pasando en aérea carrera.

Paró, por fin, el bridon;  
Bajó y lo ató en un redil  
Que dista como unos mil  
Pasos de la poblacion.

Y dirigiéndose apriesa  
A un parador levantado  
Junto al paseo preciado  
Que la ancha vega atraviesa,

Gran parador cuya hermosa  
Fachada está confrontante  
Con la que ostenta arrogante  
La puerta baja famosa,

Llamó, y abrióse un postigo,  
Y obtuvo con precision  
Señas de la habitacion  
Que ocupaba su enemigo;

Y dijo, ledo el semblante,  
Querer hablarle en el acto,  
Y el cebadero harto exacto  
Le dió una luz al instante:



Y lanzándose violento  
Hacia la estancia indicada  
Mató la luz á la entrada  
Del consabido aposento.

Y quedito penetró  
Y halló que en plácida calma  
Roncaba aquel que á su alma  
Desvelo eterno legó.

Y vió á favor de un cristal  
Que reflejaba entreabierto  
El resplandor vago, incierto,  
De la luz matutinal,

Vió con sangrienta alegría  
Merced del labio á la marca,  
Que era aquel el mismo Abarca  
A quien matar pretendia.

En esto un ruido escuchóse  
Prolongado, atronador,  
Y á la vez el parador  
En su base estremecióse.

Tanto estruendo provocaba  
La tronante diligencia

Que de Daroca á Valencia  
En tal momento arrancaba.

Despierto Abarca al ruído,  
Sobre su pecho, asombrado.  
Vió un acero levantado  
En fresca sangre teñido.

En trance tal levantó  
La izquierda y fuéle un escudo.  
De salvacion dó el agudo  
Golpe mortal se embotó.

Y asiendo de una pistola,  
Que, á prevencion colocada,  
Tenia bajo la almohada,  
Furibundo amartillóla.

D. Luis alzado ya habia  
Segunda vez el acero  
Y descargando primero  
El pecho á Abarca rompía,

Cuando éste, ya moribundo,  
Dió al gatillo un apretón  
Y barrenó el corazón  
Al infanzón iracundo.

Ambos sus fieros enojos  
Cayendo á un tiempo saciaron ;  
Y ambos á un tiempo cerraron  
Al sueño eterno sus ojos.

Yazgan en paz ambos-yá  
Si en sus designios divinos  
Concede á los asesinos  
Paz el Señor por allá.

---

---

## CAPÍTULO CUARTO.

---

### La confesion.

«Proba me Domine et scito cor meum;  
et vide si via iniquitatis in me est, et  
deduc me in via eterna.

DAVID.»

El doctor, que contemplaba  
La espantosa progresion  
De la fiebre que al desmayo  
De Patrocinio siguió,  
Se resolvió á declararla  
Que aunque no era situacion  
Tan apremiante la suya,  
Sin embargo, lo mejor

Sería el ir preparando  
Una buena confesion,  
Pues eso en nada se opone.  
Antes inspira valor  
Para vencer las dolencias  
Con que nos affige Dios,  
Probando asi nuestra santa  
Cristiana resignacion.

— «Sea como quiera» dijo  
Aquel ángel de dolor:  
«Señor doctor, ya dispuesta  
A todo en buen hora estoy.  
Que llamen al señor cura  
Ahóra que en mi interior  
Me siento un poco tranquila.»

Fingió oponerse el doctor  
A realizar sus deseos  
Con tan viva precision;  
Pero la habia pulsado  
Y sabia que en rigor  
Si eran las ocho del dia  
No viviria á las dos.  
Saliendo, pues, de la alcoba  
Mandó llamar al señor  
Cura, quien vino al momento  
A cumplir su obligacion;  
Y á solas ya con la niña

Su mision inauguró  
En el diálogo sensible  
Inserto á continuacion.

—Escúchame, hija mia:

Me has mandado llamar y héme á tu lado:  
¿Deseas confesarte?

—Si señor.

—Haces bien: aunque el estado  
De tu salud no exige que esa pía  
Costumbre ahora practiques,  
La debes de cumplir; ella ha de darte  
Esa inefable calma  
Que levantando saludables diques  
A la desesperacion, nos llena el alma  
De una tan dulce paz que basta á veces  
La dolencia á ahuyentar que nos acosa.

—No elevaré mis preces  
(Contestóle la niña dolorosa)  
A Dios porque me salve de este trance;  
Si pido confesion no es porque creo  
Que así la temporal salud alcance.  
¿Tengo yo acaso de vivir deseo?

—¡Por Dios, hija querida!  
(Replicó el confesor) ¡que tus dolores  
No produzcan en tí tales estremos!  
Dueño Dios es de nuestra pobre vida;

Si quiere conservárnosla, y mayores  
Trabajos enviarnos, humillemos  
Ante ellos la cerviz; Él solo sabe  
Todo lo que nos daña ó nos conviene.  
¡Hágase, pues, su voluntad! Si grave  
De tal suerte un dolor nos sobreviene  
Que á nuestras fuerzas superior parezca,  
Hagamos vivamente porque crezca  
Nuestro ánimo á par de él; que vuela pía  
En trance tal la atribulada mente  
Al sitio dó Jesús junto al torrente  
Gotas de sangre por sudor vertía.  
«¡Oh padre mio, — con dolor decia, —  
»Pase de mí este cáliz tan amargo  
»Que tal horror me dá! mas, sin embargo,  
»No sea nunca, no, cual yo lo quiero;  
»Tu santa voluntad es lo primero!»  
El confesor calló; de Patrocinio  
Vió asomar á los párpados el llanto  
Y temió coadyuvar el esterminio  
De aquel hermoso ser; mas ella en tanto  
Rompió, dando un sollozo;  
—¿Por qué no sigue usted? ;se calma tanto  
Oyendo á usted, mi funeral destrozo!  
Escuche usted; la muerte  
Viene sobre mí rápida; lo veo:  
¿Verdad que usted se instalará á mi lado

En ese trance fuerte?  
Esto es ya nada mas lo que deseo.  
Para mi vista vaga  
La imágen de Jesús crucificado:  
Para el confuso oído  
Esa voz de piedad que el alma halaga,  
Y que en manera tal me ha conmovido.  
— « ¡Oh! sí, hija mia, sí! (dijo lloroso  
El venerable cura; )  
Sea cual fuere el vário  
Fin de tu enfermedad, yo cuidadoso  
A tu lado estaré; la Virgen pura,  
Esa madre de un Dios que en el calvario  
Las heces apuró de la amargura,  
Esa reina que á fuér de desgraciada  
Es de los desgraciados protectora,  
Me inspirará palabras de consuelo  
Que en tí producirán la deseada  
Tranquilidad: pero cumplamos hora  
Otro santo deber; piadoso el cielo  
Ha dado á sus ministros facultades  
De perdonar al mundo sus pecados,  
Con tal que estos nos sean confesados  
Con sincéro dolor; dí, alma bendita,  
Díme, pues, si te acusa tu conciencia  
De algun pecado grave;  
Perdonádole há, si estás contrita,

El Dios de la clemencia  
No bien tu labio de nombrarlo acabe.

Tal el cura acabó y con lastimera  
Voz la niña empezó de esta manera.

Pues bien; desde la infancia  
Hasta hoy hace ocho dias.  
Haber seguido, creo,  
Agená á la malicia.  
Mas ¡ay! desde esa fecha  
Cai en desgracia mísera  
Y tal vez mis pecados  
Causaron las ruínas.  
Cuyo recuerdo aciago  
Me turba y horroriza.  
Oíd desde tal tiempo  
La historia de mi vida  
Y si me hallais culpable,  
Cual bien se me imagina,  
De la fatal-catástrofe  
Que ha hundido á mi familia,  
Sabéd que estoy dispuesta  
A hacer toda mi vida  
La penitencia justa  
Que tal pecado exija.  
Era precisamente  
La tarde de la víspera

De santa Cruz; á solas.  
— ¡Casualidad impía! —  
Ante un jóven me puso.  
Al cual ya cuando niña.  
Uniéronme los lazos  
De la amistad mas íntima.  
Cambiamos dos palabras.  
Y hallamos que latian  
Acordes nuestras almas,  
E hicimos las mas vivas  
Protestas ¡ay! de amarnos.  
Por toda nuestra vida.

Llegó el dia siguiente  
Y ansiaron mis amigas  
Que al baile de la plaza  
Con ellas fuese. Habian  
Vencido los obstáculos  
Que mi papá oponía.  
Y estábamos ya en marcha,  
Cuando penetra lista  
Mamá, y vedóme el gusto  
Que tanto apetecía.

Pasé la tarde aquella  
Llorando como niña,  
Lleno mi triste pecho  
De cólera y de ira,  
Llegó la noche y vine

A ver si al fin podia,  
El sueño conciliando,  
Calmar las penas mias.  
Permaneci gran rato.  
Ahí sobre una silla  
Y ni venia el sueño.  
Ni ya lo apetecia.  
En esto oí un ruido,  
Alzé turbia la vista  
Y ví caer del techo,  
A leve caña unida  
Que por el entreabierto,  
Balcon pasado habia,  
Una pequeña carta  
Que así con mano lista,  
Y ví que por el jóven  
Sabido estaba escrita.  
Pedíaseme en ella,  
Señor, una entrevista.  
En el jardin de casa  
Aquella noche misma,  
Y yo convine en ello  
Pues en mi alma ardía  
La sed de desquitarme  
De la ocasion perdida,  
Y para hacer que el viento  
Que resoplar se oia,

El si no se llevase  
De la respuesta mia,  
Tiré á la calle el pliego  
Atado á una cajita  
Que un número importante  
De joyas contenia.  
Sonó, señor, por último  
La hora convenida,  
Y... aquí no sé si debo

*El confesor.* Contád solo, hija mia,  
Los hechos en que os cupo  
La parte mas activa

*La niña.* Pues bien; ya en dicho huerto  
La planta puesto habia  
Cuando un tiro sonando  
Quizá en la puerta misma  
Dó el jóven ya esperándome  
Entonce estar debia,  
Retrocedí asustada,  
Volvíme aquí de prisa  
Y me acosté, y la noche  
Pasé en crüel vigilia.

Contábase en el pueblo  
Apenas vino el dia  
Como el alcalde oyendo  
Sonar la arma mortífera  
Corrió al presunto sitio

Y hallóse que yacía  
Junto á mi huerto el jóven  
La ropa en sangre tinta  
Y que á su lado puesta  
Había una cajita  
Que un regular tesoro  
De perlas contenía.

Tal caso comentado  
Los menos suspendían  
Su juicio sobre un lance  
Del cual no se podía  
Hacer dar al mancebo  
Declaracion esplicita;  
Los mas le condenaban  
Por un bribon que había  
Robádonos las joyas,  
Si bien en mi familia  
Nadie el joyero dicho  
Reconocer quería.

En tanto el triste jóven  
Sobre su frente altiva  
Del sello de la infamia  
La mancha vil sentía,  
Quizá aguardando ansioso  
Que hiciera yo verídica  
Declaracion del lance,  
A no ser que por víctima

Le hubiera ya elegido.  
De lúbricas intrigas.

La noche de la Virgen  
Tuve ocasion propicia  
Para ir y á tal mancebo  
Hacer una visita;

¡Ah! no por sincerarme  
Ni por pasion mezquina,  
Si es por hacer que el jóven  
En la reserva misma

Se mantuviese firme;  
Pues, en verdad, podia  
Diciendo quién causado  
Le habia las heridas

Comprometer el lustre  
Y honor de mi familia.  
No bien entré en su cámara  
Oímos que subia

Algun hombre de pronto,  
Y de rubor herida  
Caléme bajo el lecho.

¡Ah! qué hora de agonía  
Fué aquella para mi alma!

Con datos que podian  
Ya falsos ó ya ciertos  
Causar en mi familia  
Su destruccion eterna

Si padre los oia,  
Iba el recién llegado  
Haciendo mil nocivas  
Aclaraciones, cuando  
Abriéndose de prisa  
La puerta, escuché el eco  
De aquella voz sombría  
Que aun zumba en mis oídos,  
Nunciando atroces iras.

¡Oh Dios! Mi padre fiero  
Buscándome venia  
Después de haber oido  
La bárbara noticia  
De que su honor ileso  
Mostrar ya no podría!

Tendíme sobre el suelo,  
Señor, desvanecida;  
Me desmayé de pronto  
Y no volví en mí misma  
Sino cuando á este lecho  
Traidome ya habian.

Aquí finó llorosa  
Su confesion la niña  
Suspiros exhalando  
Que el alma enternecian  
Del grave sacerdote.

Siguió aquel en umbria  
Meditacion un rato  
Y con mesura digna  
Al fin rompió diciendo:

EL CONFESOR.

¡Qué bien dijo, hija mia,  
Quien dijo que un abismo  
En mil nos precipita!  
¿Por qué en edad tan tierna  
Ya hiciste á un hombre vivas  
Protestas ¡ay! de amarle  
Hasta la tumba fria?  
¿Por qué tal cosa hiciste  
Estando á mas tan fija  
De que ello por tus padres  
Jamás se aprobaria  
Por preocupaciones  
Añejas de familia?  
No abordaré cuestiones  
Que todos dilucidan  
Conforme á sus caprichos;  
No afirmaré, hija mia,  
Que arguya este pecado;  
Mas óyeme: ¿qué niña  
Tendrá á los quince abriles

La madurez precisa  
Para elegir al hombre  
A quien constante rinda  
Respetos que tan sólo  
Terminan con la vida?

Ahí, pues, la falta estuvo  
Y de ella fueron hijas  
Otras, quizá mas graves,  
No tanto todavía  
Como en mi pobre juicio  
Haber sido podian.

De ahí vino que el otro  
Pidiera una entrevista  
Que tu aceptaste fácil  
Pues en tu alma ardía  
La sed de desquitarte  
De la ocasion perdida.

¡Oh misero despecho!  
¡Génio infernal que inspira  
Por justas las acciones  
Mas pérfidas é inicuas!

Dices que ya en el huerto  
La planta puesto habias?  
Yo doy que puro y santo  
El mútuo amor sería;  
Que al cielo vuestras almas  
Alzado allí se habrían

Desconociendo acaso  
Sensualidades miseras.  
Mas ¡ah! ¿quién en su propia  
Virtud endeble fia...?

Complicaciones raras  
Y una ocasion propicia.  
Eleváronte mas tarde  
Hasta la estancia misma  
Del desgraciado herido;  
Funesta y escesiva  
Abnegacion que, dando  
Tan lamentabilisima  
Terminacion, fué causa,  
En parte, de las ruinas  
Sangrientas que ha sufrido.  
Tu mísera familia.  
¡Ah! la mejor empresa.  
Jamás se justifica  
Por la intencion mas noble,  
Si no fué acometida  
Con medios decretados  
Por la razon mas rigida.

¿Has, pues, ya concluido?  
Tu pecho no palpita  
De algun remordimiento  
Por culpas aun no dichas?

*La niña.* ¡Oh! no señor!

*El confesor.* ..... ; Y tienes.....

El ánima contrita  
Por todos los pecados  
De tu pasada vida?

*La niña.* ¡Oh! si señor! la tengo  
Y ya con ánsia viva  
A Dios pido que blando  
Mis culpas borre impías.

*El confesor.* Las borra, si; ya estiende

La magestad divina  
Su mano salvadora;  
Ya en nombre de la misma  
Perdono tus pecados;

Ya, en fin, te juzgo digna  
De preparar tu seno

Para morada limpia  
De un Dios que á visitarte  
Vendrá luego, hija mia.

¿Oyes? ¡Un Dios! ¡Afuera,

Afuera, pues, mezquinas

Memorias de la tierra

Y piensa, hija querida,

Tan solo en lo importante

De tu futura dicha!

---

## CAPÍTULO QUINTO.

### **El viático.**

La carta que escribía  
La desgraciada adúltera en el acto  
De improvisar D. Luis aquella brecha  
Por donde entró á saciar su rabia impía;  
La misma que D. Luis estupefacto  
En la izquierda fierísimo estrujaba,  
Cuando, ya decidido, en la derecha  
La mortífera daga enarbolaba;  
La misma carta que D. Luis soltaba  
Al tiempo de embestir, se halló no en valde  
Para aclarar tan horrorosos hechos  
Cuando en la estancia penetró el alcalde,

Junto al cadáver de la noble dama  
Que humeaba todavía;  
Pues un huésped había  
Escuchado sus hórridos lamentos  
Y tirándose pronto de la cama  
« ¡Ladrones! » prorumpió, y á estos acentos,  
De sus departamentos  
Los huéspedes confusos se lanzaron  
Y tristes indagaron,  
Que un robo hubiera sido cosa poca  
En vez del fiero lance acaecido.

Amaneció, y corrió de boca en boca  
La noticia velóz; y el vecindario  
Reprobó aquel arrojó sanguinario,  
Que el homicidio implica  
La usurpacion á Dios de su poder  
Y ninguna razon lo justifica.  
Luego todos ansiaban por saber  
A qué punto D. Luis marchado habria,  
Cuando un parte llegado de Daroca  
Anunció la catástrofe que habia  
Tenido allí lugar. Creció el espanto  
Con nueva tal, y generoso llanto  
Tal por D. Luis vertía,  
Y tal su saña fiera  
Descargaba en la adúltera que diera  
Con su crimen horrendo



Motivo á que D. Luis matar muriendo.

A vivir con afrenta prefiriera.

Pero D. Luis al fin fué un asesino

Y muchos su piedad le retiraban ;

Solo todos á una lamentaban

La desgracia del ángel peregrino.

Que, de árdua fiebre presa,

Se vía en la mañana de su vida

Con un pié ya en la huesa.

« Ah! pobre señorita! » — compungida

Esclamaba dó quiér la triste gente,

« ¡Ella en cuya alma hermosa retratada

» Se vía la piedad que antiguamente

» Las almas adornó de sus mayores,

» Ella que al fin podia libremente

» Enjugar tantas lágrimas llevada

» De su buen corazon, morirse ahora!

» ¡Los pobres labradores

» Que desque vino al pueblo esa señora

» Que desventuras tantas ha causado,

» Dejamos ya de recibir favores

» De manos de D. Luis, ahora alcanzado

» Habríamos de aquesa señorita

» Igual que en otro tiempo de su padre:

» Y en esta situacion, mal que nos cuadre

» El cielo inexorable nos la quita! »

Llegó, pues, el momento;  
En que su son dió al viento  
La campana, en tañido que anunciaba,  
Que el venerable párroco  
El viático santo preparaba.

La iglesia se llenó de hombres, mujeres  
Y niños por dó quier; el mayordomo  
De la hermandad del santo Sacramento  
Hachas y velas repartió sin cuento.  
Que pronto el templo santo iluminaron,  
Y enarboló una cándida bandera  
Dó sobre un raso hermoso reverbera  
Bordada una custodia en hilo de oro.  
Cuatro fieles el palio levantaron  
Puesto junto al altar, y en blando coro  
Un himno de rodillas entonaron  
Mientras el párroco yá con sumo celo  
De la sacratísima tomaba  
El copon, dó el Señor de tierra y cielo  
Del pan bajo la especie se ocultaba.

Partió el santo viático y en breve  
Llegandó hasta la puerta de la casa  
El séquito se postra, mientras pasa  
Adentro el señor cura,  
Cuadro bello de angélica ternura  
El patio era entre tanto  
Que hacía recordar una parábola

Del Evangelio santo  
Lleno estaba de niñas inocentes  
Que mostrando sus velas encendidas  
Parecian las vírgenes prudentes  
Que insomnes aguardaban al esposo  
Con luces al efecto prevenidas.  
El santo religioso  
Pasó por medio de ellas  
Y ellas con singular recogimiento  
Del párroco las huellas  
Siguieron á su vez, y al aposento  
De la enferma llegaron  
Y en muda adoracion se prosternaron.

— «Llegado es ya, hija mia,

— Dijo á la niña el venerable anciano —

El dulce instante en que recibas pía  
En tu seno á este huésped soberano.  
No obstante que es señor de tierra y cielo.  
Con toda su grandeza ilimitada  
Siempre aceptó con amoroso anhelo  
Un puro corazon para morada.  
Cándido el tuyo yá como la nieve  
Deshágase en angélica dulzura,  
Y á fin de recibirle cual se debe,  
Díle con la fé santa y fervorosa  
Del centurion que nombra la Escritura.  
— Dejad, Señor, aunque os aguardo ansiosa.

De penetrar en mi morada impura.  
¿Quién soy yo para tanto beneficio?  
¡Ah! pronunciad propicio  
Una voz nada más; mi fé segura  
Está de que eso basta á depararme  
Vuestro santo favor; así escusarme  
Podeis esta vergüenza que me asalta  
De prepararme á recibir tan alta  
Magestad en un pecho tan mezquino;  
    Pero vos insistís; vuestro divino  
Afán por colocaros hoy al lado  
De un corazon, á vos ya consagrado,  
Es impedir que os lo arrebate nadie.  
¡Venid ya pues á mí! ¡fúlgido radie  
Vuestro santo esplendor dentro mi  
Y borrando las sombras de que lleno  
Estuvo hasta el presente.  
Erigidlo en santuario relumbrante  
Dó en oracion constante  
Pueda yo agasajaros dignamente! »

El confesor calló; la niña viendo  
Que á administrarla ya se apercibía  
El pan de la sagrada Eucaristía,  
Movió dificilmente la cabeza  
Y en pasmo religioso recibiendo  
La forma consagrada.

Volvióse á recostar en la almöhada  
En tanto que dos lágrimas hermosas  
Por las ajadas rosas  
Rodaban de su fáz, lágrimas puras  
De santa contricion; fúlgidas perlas  
Que el ángel del Perdon á recogerlas  
Bajó desde las célicas alturas.

---

## CAPÍTULO SESTO.

---

### **Millan desesperado.**

Millan, si bien todavia  
Profundamente abatido  
En su lecho proseguia,  
De todo lo sucedido  
Noticia exacta tenia.

Sabia el sangriento fin  
De D.<sup>a</sup> Cruz, de su esposo,  
Del calavera malsin,  
Y el apuro lastimoso  
De su amado serafin.

Con esto, pues, el estado  
De su dolencia empeoró  
Y el doctor le visitó  
Y apenas le hubo pulsado  
«Sangría al canto» mandó.

Era, queridos lectores,  
El autor de la sangría  
Uno de aquellos señores  
Que habíanse hecho *dotores*  
Estudiando teología.

Y alto, y enjuto, y de acedo  
Rostro y de acento afectado,  
Era un completo remedo  
De aquel famoso Sangredo  
De quien Gil Blas fué criado.

Pues con aplomo admirable  
Sostenia en su cultura  
La razon incontestable  
De que todo lo curable  
Con la sangría se cura.

Llegó, pues, el cirujano,  
Blandió el agudo instrumento,  
Pinchó á Millan en la mano

Y héte hecho ya en un momento  
El remedio soberano.

Ay situación sin igual,  
En que el mancebo fatal  
Sintió doblada acrecencia  
En lo físico y moral  
De su acendrada dolencia.

Pues en aquel mismo instante  
En que sangrado quedaba  
¡Ay! la campana anunciaba  
Que á visitar á su amante  
El viático marchaba.

El pobre jóven cayó  
Sobre la cama rendido  
Y dando un largo gemido  
En mudo pasmo quedó  
Ni despierto, ni dormido.

Eran las doce del día.  
Millan seguía postrado;  
Mas de repente asustado  
Se irguió creyendo que oía  
El toque de la agonía.

En efecto; la campana  
Doblaba en son blando y lento  
Con ese trémulo acento  
Que de una vida cristiana  
Anuncia el postrer momento.

Y oyó en la calle corridas  
A par de voces de duelo  
De mujeres afligidas  
Que gritaban compungidas  
— «¡ Ya se vá nuestro consuelo! »

¡ Pobre Millan! De repente  
En movimiento deshecho  
Su corazon sintió ardiente  
Latir con furia creciente  
Como rompiéndole el pecho.

Y quiso el pobre llorar  
Y llorar ¡ triste! no pudo;  
Y quiso un grito lanzar;  
Mas su labio siguió mudo  
Sin poderlo articular.

¡ Ah! Sus dientes rechinaron  
Con estridor espantoso,  
Sus cejas se dilataron,

Y sus ojos revelaron  
Un pensamiento horroroso.

— «La seguiré;» murmuró;  
Y tirando de la venda  
Que el cirujano le ató,  
La separó y suelta rienda  
La sangre entonces tomó.

Trás de la cámara en esto,  
La anciana habíase puesto  
Inquiriendo con afán  
Qué efecto haría en Millan  
Aquel tañido funesto.

—  
Mas como nada se oía  
No obstante estar tan alerta,  
Abrió de pronto la puerta  
Dando por cosa muy cierta  
Que allí algo grave ocurría.

Y vivamente asustada  
Al encararse al cuitado,  
Leyó en su vista estraviada  
La decision ya tomada  
De algun proyecto malvado.

Y el cobertor levantó  
Y vió la cama teñida  
En sangre humeante, y lanzó  
Un rujido que aterró  
Al infeliz suicida.

Y se abrazó á aquella mano  
Que tanta sangre arrojaba  
Mientras el jóven insano  
Aun con empeño inhumano  
Por apartarla pugnaba.

Pero con fuerza crecida  
Le sujetó, y al instante  
Dejó vendada la herida  
Mientras clamaba afligida  
Con acento penetrante:

— «¡Mal hijo! Ya que por tí  
La vida en poco estimáras,  
¿Nada soy yo? ¿No reparas  
En lo que fuera de mí  
Mañana que tú faltáras?

---

---

## CAPÍTULO SÉTIMO.

---

### **La muerte de la huérfana.**

Dejemos á la anciana dolorida  
Dando al mozo infeliz llorosas quejas.  
Y si queremos ver á Patrocinio  
Antes que espire ya, démonos priesa.  
El cuadro celestial de alma consuelo  
Que la cámara aquella representa,  
No es para que renuncie á verlo, ahora  
Quien de cristiano con verdad se precia  
Y quien sabe que al fin, tarde ó temprano  
Se ha de encontrar en ocasion idéntica,  
Suponiendo que Dios le dé una muerte,  
Cristiana, dulce, natural y lenta.

La pobre Patrocinio está espirando ;  
Su cámara está llena hasta la puerta  
De gentes angustiadas que en silencio  
Lloran el fin de la infelice huérfana.

Ella está resignada cuanto puede  
Estar quien fia en Dios con fé perfecta.  
Ora le asaltan hórridas congojas ;  
Ora parece yá que se sosiega  
A blando sueño la abatida frente  
Doblando sin dolor en calma leda ,  
Y ora busca su vista estraviada  
El santo Crucifijo que la muestra  
El venerable párroco , cumpliendo  
La sagrada palabra que la diera.

— « ¡ Hélo , hija mia , aquí ; — dice el anciano ; —  
» Aquí está el Dios que descendió á la tierra  
» A salvarnos á todos con su muerte !  
» Él lo hizo todo yá ! Solo nos resta  
» Para dignos hacernos de su gloria ,  
» Tener en su bondad una fé inmensa ;  
» Murmurar un « *pequé* » con voz doliente ,  
» O vertér una lágrima sincéra !  
» ¡ Ea , hija mia , pues ; ahora que pura  
» De toda sombra de pecado quedas  
» Por medio de los santos sacramentos ,  
» Prepárate á los goces que te esperan .

» Pronto escapando de la humana cárcel  
» El ancho espacio surcarás ligera ;  
» Cruzarás la altitud del firmamento ,  
» Pasarás la region de las estrellas ,  
» Y en la mansion de los querubes santos  
» El asiento hallarás que te reserva  
» A su lado esa Virgen soberana,  
» Que en vivo afán por tu ventura vela !  
» ¡ Verás con qué dulzura te recibe !  
» ¡ Verás cómo diciéndote ternezas  
» Te viste una de aquellas blancas túnicas  
» Que allí las puras vírgenes ostentan  
» Y una corona de divinas flores  
» Pone con grato amor en tu cabeza !  
» Entre tanto hechiceras armonías  
» Inundarán las célicas esferas ,  
» Y soles á millares sin ocaso  
» Raudales verterán de luz eterna ;  
» Y blancas nubes de oloroso incienso  
» Elevarán su clara transparencia  
» Delante del radioso tabernáculo  
» Dó la divina Magestad se asienta. »

El párroco calló por un momento ;  
Hallábase la niña de otra fiera  
Congoja acometida , y... « ¡ oh Dios mio ! »  
Al impulso esclamó de su honda pena.  
— « ¡ Bien , hija mia , bien ! » repuso blando

El sagrado pastor; ház mientras puedas  
Tan santa exclamacion; así gritaba  
Jesús pendiente de la cruz sangrienta  
Cuando sufría los ataques rudos  
Que iban poniendo fin á su existencia;  
— «¡Oh Dios mio, Dios mio! ¡Ah! no me dejes  
» En agonía tan penosa y lenta;  
» Que son insostenibles sin tu ayuda  
» Las horribidas congojas que me asedian.»

¡Ay! Aquella congoja de la niña  
Era la última ya; la intermitencia  
De su respiracion; cierto suspiro  
Lánguido que exhaló, y una violenta  
Contraccion de sus dientes, anunciaron  
Que era llegada ya la hora postrera.

— «Poneos de rodillas, hijos míos!»  
Dice el cura á las gentes que le cercan,  
Y todos caen en derredor del lecho  
Llorando y dando voces lastimeras.  
— «¡Hija mía!» encarándose á la niña  
El párroco exclamó con voz más recia:  
«¡Hé aquí á tu Redentor!» Ya que imposible  
» Dirigirle tu voz ahora te sea,  
» Dile rendida con la voz del alma,  
— «¡Señor! en vuestras manos se encomienda  
» Mi espíritu contrito y humillado!  
» ¡Vos sois mi único bien! ¡Cuánto me pesa

» De haberos ofendido! ¡Oh! quién la culpa

» Nunca, Dios mio, conocido hubiera!»

«¡Oh soberana reina de los ángeles,

» Velád en trance tal por vuestra sierva!

» Ángel divino de su guarda: sédle

» Custodio fiel para que en breve pueda

» Su alma, á par de vos, tender el vuelo

» Con santo gozo á la region etérea,

» Y á par de vos tambien entrar triunfant«

» En las mansiones de la gloria eterna.»

«¡Así sea!» añadió con sordo acento;

Y abandonando ya la cabecera

Soltó la rienda al llanto que hasta entonces

Habia reprimido á duras penas.

«La huérfana ha pasado á mejor vida:»

Dijo: y aquella vasta concurrencia

Rompiendo en lastimosos alaridos

Llorando sin cesar siguió gran pieza,

En tanto que dejando el toque lento

La campana, doblaba mas apriesa

Anunciando que un alma habia roto

Los lazos que la unian á la tierra.

## CAPÍTULO OCTAVO.

### Conclusion.

«Cognovi quod non esset melius nisi  
lætari et facere bene in vita sua; omnis  
enim homo qui comedit, et bibit, et vi-  
det bonum de labore suo, hoc opus Dei est

SALOMON.»

«¡Vanidad de vanidades:

Todo pura vanidad!»

Así el Rey-Sabio clamaba

Bien desengañado ya

De cuán efímero es todo

En este mundo fatal:

Así repito yo ahora  
Viendo esa casa que audáz  
Su altiva mole levanta  
Sobre todas del lugar.  
¿Qué ha sido de aquella raza  
Que de seis siglos atrás  
Habitándola ha venido  
Sin contratiempo fatal,  
Erigiéndose variable  
Ora en ángel tutelar,  
Ora en azote de hierro  
De la pobre vecindad ;  
Pues su posición suprema  
La daba medios asáz  
Ya para dar ó tomarse,  
Para tender ó esquilmar,  
Conforme á los sentimientos  
Que allí abriga cada cual?  
La raza aquella ha pasado  
Como todo pasará.  
Sonó su hora postrera  
Y de nada sirvió ya  
Aquel pasado soberbio,  
Ni aquel presente que audáz  
Del porvenir parecía  
Retar la inestabilidad  
Cerrada ahora la casa;

Ventilando el tribunal  
Casa y tesoros y hacienda  
A quién se han de adjudicar...  
¡Qué desengaño tan frío,  
Y qué lección tan moral,  
La triste mente recibe  
Confirmando la verdad  
De que todo en este mundo,  
Todo es pura vanidad!

—  
¡Sueños de amor y de encanto  
Que el corazón nos llevais  
Mecido en blandos arrullos  
A un mundo vano, ideal;  
En donde ilusa la mente  
Placeres finge sin pár,  
Y altos castillos levanta  
Que acaso no dudarán  
Cual los que forja con naipes  
Al aire libre un rapáz!  
Pasád, pasád, y en buen hora  
O en hora mala dejád  
Que la razón fría pueda  
Desengañada juzgar  
Que todo lo que ha pasado  
Con lo que pasando está,  
Y lo que vendrá mañana,

Todo es sin menos ni más  
Vanidad de vanidades,  
Solo pura vanidad.

— Pero ¿y Millan?— ¡ Ah! ya el libro,  
Señores, iba á cerrar  
Sin deciros que el mancebo  
Ha convalecido yá:  
Que todos saben que es hombre  
Honrado á carta cabal  
Pues del lance de las joyas  
Se ha sabido la verdad,  
Y que aplicado al trabajo  
Se acabará de curar  
De las lúgubres ideas  
Que aun asaltándole van.  
Con las faenas del campo  
A la vez que sanará  
De las heridas del alma,  
Irá ganándose el pan  
Que partirá con su madre  
Mientras Dios la tenga acá.  
Y la verdad, lo sabemos.  
Solo está en el bien obrar,  
En comer de los sudores  
De su frente cada cual,  
Y en gozarnos santamente

Con el dulce bien estar  
Que á los seres que apreciamos  
Proporciona nuestro afán;  
Fuera de eso, lo repito :  
Todo ha sido, es, y será  
*Vanidad de vanidades ;*  
*Miserable vanidad.*



# ÍNDICE.

## PARTE PRIMERA.

	<u>PAGINAS</u>
CAPITULO PRIMERO. Los aradores. . . . .	5
Paréntesis. . . . .	8
— II. Expedicion á Santa Cruz. . . . .	27
En San Lamberto. . . . .	36
El almuerzo. . . . .	45
— III. Millan y su madre. . . . .	56
Diálogo entre la tia María y Millan. . . . .	61
— IV. La tia y el palmo de narices. . . . .	68
Cuadro. D. Luis. Patrocinio. Millan. . . . .	70
Escena 2. <sup>a</sup> Coro de mozas aldeanas. . . . .	72
Escena 3. <sup>a</sup> Dichos y D. <sup>a</sup> Cruz. . . . .	76
— V. Estrellas y nubes. . . . .	80

## PARTE SEGUNDA.

	<u>PÁGINAS.</u>
CAPITULO PRIMERO. La gaita y el tamboril. . . . .	91
— II. El baile de candil. . . . .	97
— III. La Virgen de los Mártires. . . . .	104
— IV. Los toros. . . . .	117
— V. El baile de la hoguera.. . . .	125
Diálogo entre Patrocinio y Rita. . . . .	128
— VI. La entrevista. . . . .	143
— VII. Aclaraciones. . . . .	150

## PARTE TERCERA.

CAPITULO PRIMERO. Proyecto de venganza. . . . .	161
— II. ¡Sangre! . . . . .	169
— III. ¡Mas sangre! . . . . .	175
— IV. La confesion. . . . .	180
— V. El viático. . . . .	196
— VI. Millan desesperado. . . . .	203
— VII. La muerte de la huérfana. . . . .	209
— VIII. Conclusion. . . . .	214









M.C.D. 2022